

“Caudillo de Hispania”. *Viriato en el imaginario nacional español*

Demetrio Castro Alfín

Universidad Pública de Navarra

Fecha de aceptación definitiva: 14 de julio de 2018

Resumen: En la configuración de las identidades nacionales de varios países europeos conquistados por Roma, el pasado prerromano, cuando incluye episodios de resistencia a la conquista militar, proporciona figuras que se integran en el relato nacional, en ocasiones de modo tan destacado como Vercingétorix en Francia o Arminius en Alemania. En España, más que a Numancia, ese papel de héroe simbólico, se atribuye a Viriato. Este trabajo examina el modo en que su figura se ha contemplado en diferentes manifestaciones de la cultura española manteniendo determinadas constantes semióticas.

Palabras clave: Viriato, relato nacional, historiografía, lugares de memoria.

Abstract: In shaping national identities in some European countries once conquered by Rome, and with a history of resistance to military conquest, their pre-Roman past provides leading figures settled in to the national story, sometimes as prominently as Vercingétorix in France or Arminius in Germany. More than to the old city of Numantia as a whole, in Spain that role as symbolic hero has been assigned to Viriatus. This paper explores the ways in which this figure has been considered in a variety of Spanish cultural products (literary works, plays, historiographical texts), retaining some fixed meanings over the time.

Key words: Viriatus, national story, Historiography, lieux de mémoire.

En la formación de los relatos comprensivos de las identidades nacionales europeas clásicas, el pasado prerromano suele tener un peso especial y, al tiempo, suscitar algunas paradojas. La cuestión es, evidentemente, más enjundiosa allí donde la romanización, vinculada a una presencia secular de las instituciones y la lengua surgidas en el Lacio, fue más intensa y duradera. Para países como Francia o España su pasado hispano-romano o galo-romano constituye un elemento central en la construcción de la historia propia, con la herencia latina como elemento capital de su cultura, y el canon de sus genealogías nacionales concede especial relieve a los restos monumentales y culturales, especialmente literarios, de aquel periodo, por no decir al carácter románico de sus lenguas. Al mismo tiempo, en la historiografía precientífica, la civilización de Roma y sus portadores se juzga como una intrusión de lo ajeno, como la implantación de un cuerpo extraño en el de la nación ya de antiguo constituido y que, aunque alterado por ello, sigue diferenciado, dando muestras vigorosas de resistencia armada a su asimilación o sometimiento. Ahormados por la erudición historiográfica de la Edad Moderna, esos asuntos pasarán en los siglos XIX y XX a la historia divulgativa y escolar y otras formas de evocación y conmemoración del pasado como componentes relevantes en la consolidación de la identidad nacional. En España esa tradición historiográfica tiene uno de sus mayores exponentes en la resistencia de Numancia (y en asociación a ella la de Sagunto, aunque ésta no fuese frente a los romanos sino más bien en pro de los romanos)¹; el otro, de similar alcance, es Viriato. Los dos primeros son casos de resistencia colectiva a la sumisión llevada a sus últimas consecuencias, incluyendo la autoinmolación. Heroísmo y sacrificio comunitario y anónimo apropiados para simbolizar virtudes generales, propias de una españolidad intemporal, latentes pero activadas en circunstancias excepcionales, como tales evocadas. Junto al coraje colectivo, Viriato encarnó al héroe acaudillador en cuyas cualidades personales se reúnen y magnifican las comunes mostrando toda su excelsitud. Una figura de perfil y funcionalidad análoga al Arminius alemán o al Vercingétorix francés, en sus respectivos relatos nacionales, jefes militares defensores de su país frente a la invasión romana.

La figura de Viriato en las fuentes clásicas

Respecto al personaje conocido por la forma latinizada Viriatus las fuentes clásicas son relativamente abundantes, aunque no muy diferentes en cuanto a las noticias que sobre él transmiten, tomadas o compendiadas sobre todo de Polibio y Posidonio². No es de este lugar examinar la fidelidad de esas fuentes, los

¹ CASTRO, D.: "Sagunto y Numancia. Recreación y arquetipo en el imaginario español del siglo XIX", *Alcores*, 13 (2012), pp. 235-254.

² En Polibio se informan Apiano (VI, 60-75) y, sobre los lusitanos, Strábon, (III, 3,5 y 6). En Posidonio se basa Diodoro Sículo (*Biblioteca Histórica*, V, 22-23, sobre los lusitanos; XXXII, 5, sobre Viriato). Veleyo Patérculo, Floro u Orosio, entre otros autores, incluyen información amplia. Análisis de los prin-

problemas que plantean ni ahondar en los aspectos textuales y de interpretación que puedan presentar. Basta apuntar que lo reiterado de las noticias y la relativa amplitud de las mismas indican la relevancia que las campañas para reducirle llegaron a tener, y, en general, el interés de Roma por el dominio de la Península Ibérica. Aminorada su utilidad estratégica tras la derrota de los Bárquidas, la riqueza minera y también agropecuaria de la Hispania prerromana estimuló, sin duda, un propósito de explotación que fue pronto de ocupación y pleno control del territorio. Al iniciar sus operaciones militares en Hispania, en el último cuarto del siglo III a.C., los romanos encontraron un cúmulo de poblaciones indígenas cuyos etnónimos y, sobre todo, localizaciones las fuentes no siempre precisan con claridad. En buena medida se explica por la dinámica expansiva de las poblaciones del interior de la Península que tendía a difuminar unos límites territoriales no siempre definidos y a misturar grupos, actuando unos como aliados o mercenarios de otros y a establecer conciertos de clientela y alianza. Los pobladores del interior, especialmente de la Meseta, o grupos concretos de los mismos, acuciados por el crecimiento demográfico y la escasez de buenas tierras de labor o pastoreo, presionaban sobre las regiones más fértiles del Sur y el Mediterráneo en incursiones y pillajes. También, entre algunas de esas poblaciones la guerra y el pecoreo constituían un modo de vida habitual o al menos ocasional. Era el caso de los celtíberos (con los diferentes grupos en ellos comprendidos: arévacos, lusones, belos, pelendones, carpetanos, vacceos, vetones, etc.), y de los lusitanos o al menos un sector de los mismos. Por ello, la Península fue durante dos siglos un territorio turbulento e inestable de difícil control, sometido por acuerdos pero igualmente por continuas acciones militares, no siempre favorables para las armas romanas. Las fuentes han dejado noticia, con frecuencia poco más que un nombre, de un repertorio de caudillos o cabecillas militares hispanos desde finales del siglo III: ilergetas e ilergavones como Indíbil, Mardonio o Bilistages; turdetanos como Cerdébulu, Attenes, Culcas o Luximio, edetanos como Edecón; ausetanos como Amusica; arévacos como Caros, etc. De ninguno hay información tan amplia como de Viriato, lo que, aun admitiendo la posible pérdida de noticias más detalladas sobre alguno de los demás, indica la atención que mereció y la reputación que alcanzó.

Desde comienzos del siglo II y durante unos cincuenta años se registra actividad guerrera de los lusitanos, enfrentados con suerte alternante a tropas romanas destacadas para contener sus incursiones en la Hispania Ulterior. Como es sabido, los lusitanos ocupaban una extensa región del Oeste peninsular, si bien los geógrafos antiguos ofrecen localizaciones no del todo coincidentes. Para Strábon (III, 3,2) tendrían relación con los galaicos (*la mayoría de los lysitanoi se llaman*

cipales de esos textos puede verse en PÉREZ ABELLÁN, J. A.: "Problemática en torno al estudio de la figura de Viriato", *Panta Rei*, I (segunda época, 2006), esp. 45-51.

kallaikoi), aunque (III, 3,3) da una localización más concreta entre el Tajo al Sur, el océano al Oeste y los carpetanos y vetones al Este. Mela (III, 6) extiende su territorio hasta el Guadiana (Anas) al Sur, límite que también señala Plinio mientras el septentrional lo marcaría el Duero (IV, 112-113). Grosso modo, y avalado en buena parte por los hallazgos arqueológicos, sería ese amplio espacio del Oeste de la Meseta y del centro de Portugal hasta el Algarve el que cabe atribuir como territorio de ocupación lusitana, dentro siempre de las fluctuaciones antes señaladas respecto a los límites. Pues, ciertamente, y al igual que los celtíberos, con quienes tantos paralelos muestran en éste y otros aspectos, los lusitanos presionaban con sus incursiones en la Turdetania y otras áreas haciendo fluido su emplazamiento.

Ya los historiadores latinos y griegos atribuyeron esa propensión lusitana (y de otros pueblos hispanos) a desplazarse hacia el Sur y el Este, o a asolar esos territorios saqueándolos, a una endémica escasez local de recursos, especialmente tierras productivas, y los especialistas modernos aceptan ese móvil³. Se suele dar por hecho que, como en otras de la Península, entre la población de Lusitania se experimentaba una aguda desigualdad en el acceso y control de la tierra cultivable y otros recursos naturales, de forma que una parte importante de la misma carecía de medios de vida suficientes, y trataba de obtenerlos bien por el pillaje o asentándose por la fuerza en otras zonas. La política de algunos generales romanos prometiendo esos asentamientos como medio de pacificación avalaría esa interpretación. No obstante, pudiera deberse también a otros factores culturales subyacentes. En realidad, la información sobre los regímenes de tenencia y explotación de la tierra es muy incierta, y no permiten sostener con suficiente certeza el predominio de sistemas de propiedad privada y empleo de trabajo asalariado (que serían elementos mínimos para poder hablar de *capitalismo* y conflicto de clases en aquel contexto, como con impropiedad, por anacronismo, hacen varios autores modernos). La existencia según las fuentes escritas de individuos con especial poder económico podría, por ejemplo, reflejar sistemas de cacicazgo o señorío en los que el acaparamiento de recursos implicase autoridad y funciones de protección, en una articulación social que encajaría mal en un esquema de clases poseedoras y no poseedoras. Pero cabe considerar otros elementos de especial significación. Por ejemplo, la relevancia en aquellas sociedades de la actividad guerrera como base del prestigio personal y la consideración social. Como reflejo del sistema trifuncional indoeuropeo, la actividad bélica (y el latrocinio por grupos amados lo sería) otorgaba a quienes la practicaban estatus y estimación especial frente a quienes se ocupaban de actividades eco-

³ SAYAS ABENGOCHEA, J. J.: "El bandolerismo lusitano y la falta de tierras", *Espacio, Tiempo y Forma* (Historia Antigua), 1 (1988), pp. 701-714.

nómicas rutinarias⁴. Es decir, las incursiones de saqueo no serían, o no lo serían solo, fruto de condiciones económicas y necesidad, sino una práctica consuetudinaria y habitual de al menos parte de la población masculina. Igualmente, y de modo complementario, podría ser expresión de determinados ritos de paso, al imponerse a los jóvenes para su acceso al estatus de miembro adulto de la comunidad, según está verificado en diferentes sociedades, el convivir un tiempo junto a otros individuos de su cohorte de edad, formando grupos fuera de la vida colectiva convencional, y demostrando su valor, vigor y dotes castrenses⁵.

Las consideraciones precedentes, que pudieran parecer digresivas, resultan convenientes para encuadrar mejor la figura de Viriato. Lo que los autores clásicos (especialmente Diodoro, XXXII, 5) transmiten sobre él puede resumirse en lo siguiente: Sin noticias concretas sobre su nacimiento, se presenta ya como joven pastor muy robusto por haber crecido en el medio agreste de los montes, de forma que es el más fuerte y ágil entre los lusitanos: frugal en el comer y de poco dormir, siempre en el suelo, no hace aprecio de los bienes materiales y menos de los lujosos. A este respecto, una anécdota reiterada sirve para mostrar esa condición austera y sobria. Casado con la hija de un potentado, asiste al opíparo banquete nupcial en actitud de abierta disconformidad con el ambiente de abundancia y molicie que lo preside: en pie, con sus armas en la mano y sin apenas probar nada, hasta partir a caballo con la desposada. Revestido siempre de pesadas armas de hierro,⁶ se gana pronto reputación de jefe no solo valeroso sino de buen estratega, cuyos ardides le valen repetidas victorias sobre los ejércitos romanos a los que causa enormes pérdidas durante años. Digno de la lealtad de sus hombres, actúa siempre con equidad y desprendimiento personal en el reparto del botín⁷, atrayéndose huestes numerosas. Roma hubo de llegar, por ello, a alguna forma de entendimiento o pacto con él, en un acuerdo que el Senado romperá para ser finalmente asesinado por tres de sus aliados o lugartenientes, sobornados por el cónsul romano venido a reanudar la guerra. Ese cuadro encaja

⁴ GARCÍA QUINTELA, M. V.: "Sources pour l'étude de la protohistoire d'Hispania. Pour une nouvelle lecture", *Dialogues d'histoire ancienne*, 17, 1 (1991), p 69. Del mismo, "Viriato y la ideología trifuncional europea", *Polis*, 5 (1993). PASTOR MUÑOZ, M.: "La figura de Viriato y sus importancia en la sociedad lusitana" en J. G. Georges y T. Nogales Basarrate, *Sociedad y cultura en la Lusitania romana*, Mérida, Junta de Extremadura, 2000, matiza el alcance del problema social, pp. 49-50.

⁵ SÁNCHEZ MORENO, E.: "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la España prerromana: Viriato, jefe redistributivo", *Habis*, 32 (2001), p. 156. De esos grupos de jóvenes retirados a las montañas y dedicados al pillaje habla específicamente, respecto a los lusitanos, Diodoro (XXXIII, 5)

⁶ Se trata de una licencia de los historiadores; en realidad el equipo militar lusitano, conocido por ajuares y representaciones antropomórficas, era ligero: pequeño escudo circular, puñal o espada corta, lanza, sin armadura o cota.

⁷ Una cualidad de la que se haría eco Cicerón poniéndole como ejemplo de la práctica de la virtud entre ladrones (*De Officiis*, II,40)

adecuadamente en la secuencia de las llamadas guerras lusitanas de la primera mitad del siglo II.

Desde el 194 a.C. hay noticias de enfrentamientos de envergadura entre romanos y lusitanos más aliados suyos, que en el 190 derrotan al pretor de la Ulterior, pero son vencidos en el 185 por la fuerza conjunta de los pretores de la Ulterior, Cayo Calpurnio Pisón, y de la Citerior, Lucio Quincio Crispino. Desde el 155, y hasta el 139, la situación fue de guerra casi continua; diferentes jefes lusitanos (Púnico, Caízaros) infligen derrotas a los ejércitos de Roma, entre ellas al pretor Servio Sulpicio Galba el 151. Al año siguiente, éste negoció y acordó con los lusitanos su pacificación a cambio de tierras en las que asentarse. Concentrados y desarmados los lusitanos para ejecutar lo acordado, Galba les atacó matando a varios miles y vendiendo a otros tantos como esclavos. Uno de los supervivientes de aquella matanza, que tanto escándalo causó en Roma, fue Viriato. Desde aproximadamente el 149 aparece como principal caudillo lusitano, encabezando continuas acciones en su mayor parte favorables a sus armas. En el 140, tras derrotar al cónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano, concertó con él un acuerdo en el que alcanzó cierto reconocimiento formal de su jefatura sobre los lusitanos y se le otorgó el tratamiento o título de *amigo del pueblo romano*. Rechazado en Roma, por vejatorio, ese acuerdo, se reanudó la guerra y en el 139 sería asesinado por lugartenientes o aliados suyos, ganados por el cónsul Quinto Servilio Cepión, de suerte que moriría sin ser de hecho derrotado. Meses después los lusitanos mandados por Tautalo acabaron por capitular.

Aunque no hay coincidencia entre unos y otros autores respecto al periodo de tiempo en que Viriato actuó al frente de los lusitanos, extendiéndolo alguno hasta veinte años⁸, su protagonismo alcanzó poco más allá de la docena de años. Por las mismas o muy próximas fechas, las fuentes aluden a varios otros jefes lusitanos en lucha con Roma, sin que de ninguno de ellos haya más datos que la simple mención de su nombre y la referencia a alguna de sus acciones guerreras. Como queda dicho, la relevancia que la historiografía antigua concedió a este personaje resulta, pues, especial. Lo que de él puede saberse con certeza es su carácter de caudillo militar. Sus funerales, incinerado en medio de cánticos y danzas guerreras, con luchas rituales entre decenas de guerreros, lo hace notar claramente. También su nombre, a lo que parece derivado de un radical *viria*, monema céltico que designaría el torques o bien una ajorca o brazaletes⁹. Ese tipo de alhajas, bien documentado en el registro arqueológico del Occidente peninsular desde el Bronce, parece haber sido adorno masculino y distintivo o relacionado con las actividades guerreras. Un análisis de sus comportamientos y ejecutoria a la luz del paradigma trifuncional

⁸ VELEYO PATÉRCULO (II, 90, 3)

⁹ GARCÍA QUINTELA: "Viriato y la ideología trifuncional...", p. 117. PASTOR MUÑOZ: "La figura de Viriato...", p. 39. El término, latinizado, se encuentra en Plinio.

indoeuropeo le muestra ajustado a las pautas propias de la segunda función, la marcial¹⁰. En todo caso, las fuentes se centran en su condición de jefe militar. Una jefatura que, como en otros casos similares de la Hispania prerromana, sin excluir vínculos de tipo gentilicio o clánicos, parece proceder de elección o aceptación entre la hueste que mandase, y no a ningún mecanismo institucional de promoción a esas funciones; es decir, la base de su autoridad sería el ascendiente personal y la capacidad de proporcionar botín a sus seguidores. Una función por medio de la cual podría ejercerse el control de áreas concretas e, igualmente, disponer de la lealtad de los componentes de la hueste en términos de adhesión personal, no institucional, al modo de la *devotio* clásica. Tal vez la traición que le costó la vida pudiera deberse a cierto declive de esa capacidad de proporcionar beneficios a coste asumible. La forma de guerrear de Viriato, y de otros como él, se basaba en golpes de mano y estratagemas, no en enfrentamientos abiertos con un ejército mejor equipado y más efectivo. Es decir, tácticas que pueden llamarse de guerrilla, y eso mismo otorgaba, a ojos de sus enemigos, a su fuerza carácter irregular, no el ordenado y reglado propio de un ejército. Ambas cosas, la búsqueda de beneficio económico directo por medio de sus acciones que incluían habitualmente el saqueo, y el carácter aparentemente anárquico de su forma de hacer la guerra, están en la base de la generalizada caracterización de Viriato en las fuentes clásicas como ladrón, saltador o bandido, y nunca como titular de un poder político estable y legal.

En efecto, ni en los autores latinos ni en los griegos se utilizan para referirse a él términos que impliquen un poder monárquico, reconocible para las categorías políticas romanas¹¹. Así, en griego se le designa como *lestés*, y *latro* en latín, con diferentes fórmulas (*venatore latro, duce latronum, homo pastoralis et latro*)¹². El término es, de cualquier manera equívoco. *Latro* aplicado a Viriato y otras figuras análogas a quienes los romanos combatieron, podría tener un sentido metafórico más que efectivamente designar a un expoliador o salteador (de hecho, el saqueo y la toma de botín era propio de toda guerra y todo tipo de tropas). Ese sentido vendría del carácter de la guerra librada, de su condición irregular sin declaración formal de acuerdo con la ritualidad de ruptura de hostilidades propia de la *bellum* propiamente tal, de forma que la contienda entablada sin esas condiciones pertenecería a la categoría de *latrocinium*¹³. Quizá por las dimensiones que aquellas campañas contra los lusitanos y sus aliados llegaron a adquirir, se puede apreciar en algunos autores una cierta difuminación del Viriato bandolero, en una gra-

¹⁰ GARCÍA QUINTELA: "Viriato y la ideología trifuncional...".

¹¹ LÓPEZ MELERO, R.: "Viriatu Hispaniae Romulus", *Espacio, Tiempo y Forma (Historia Antigua)*, 1 (1988), p. 258.

¹² Las expresiones, respectivamente, en FLORO, *Epitome*, I, 33,15; VELEYO PATÉRCULO, *Historia*, II, 1; OROSIO, *Adversus paganos*, V, 4.

¹³ GRÜNEWALD, T.: *Bandits in Roman Empire. Myth and Reality*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, pp. 15, 40.

dual transición hacia otro tipo de figura. Así, Orosio apunta una evolución en su carrera que le llevaría de saltador de caminos a terror de ejércitos pretoriales y consulares, pasando por saqueador¹⁴. Algo similar había escrito Floro: de bandido emboscado pasó a forajido y pronto a general y vencedor¹⁵. Esos términos de Floro, *dux e imperator*, e incluso en Veleyo, *duce latronum* y, sobre todo, Diodoro quien le denomina *dunastés*, es decir, titular de una soberanía institucional, implican una cierta dignificación del personaje. De hecho, las fuentes clásicas no le tratan como simple facineroso sino como alguien estimable y revestido de dignidad.

El nimbo de respetabilidad con que algunos autores presentan a Viriato, en su persona y en su actuación, se explica esencialmente en la medida en que de él pudo hacerse modelo ideal para fustigar, por contraste, determinadas situaciones de la sociedad romana tardorepublicana o imperial. Así, personifican en el caudillo lusitano un modelo abstracto de conducta propio del primitivismo cultural idealizado, difundido especialmente por cínicos y estoicos¹⁶, en el cual el descontento con la propia realidad presente se proyecta por contraste en un modo de vida deseable, acorde con la naturaleza. Actúa como modelo en la medida en que el hombre natural, al que son extrañas las servidumbres y perversiones de la vida civilizada, entendida tanto como efecto y causa de decadencia moral, lleva un género de vida más armónico, física y moralmente, con cuanto la naturaleza orienta preservando ciertos valores ejemplares. Escitas o germanos serían ejemplos colectivos tradicionales, siéndolo Viriato como individuo. Esos hombres primitivos (y el pastor, dedicación atribuida al lusitano, lo sería por excelencia) son sencillos, frugales, vigorosos, infatigables; una resistencia nacida de su género de vida entre las privaciones y estrecheces del *saltus*, y que la vida urbana, cómoda y abundosa, anula menoscabando las virtudes militares. No es casual que Veleyo Patérculo introduzca el pasaje en que se ocupa de Viriato evocando como, tras la victoria sobre Cartago, Roma renunció al valor y se dio al vicio, “cambió de la vigilia al sueño, de las armas a los placeres, de los negocios al ocio”¹⁷. Al mismo tiempo, Viriato, por su desapego a los bienes materiales y el lujo, su ecuanimidad y gravedad, encarna los ideales de la ética estoica¹⁸. Las cualidades que le distinguen permiten

¹⁴ OROSIO, loc.cit: *primum infestando vias, deinde vastando provincias, postremo exercitus praetorum et consulum Romanorum fugando subigendo maximo terrori Romanis omnibus fuit.*

¹⁵ FLORO, loc. cit: *ex venatore ladro ex latrone subito dux atque imperator.*

¹⁶ LOVEJOY, A. O. y BOAS, G.: *Primitivism and related ideas in Antiquity*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1997 [1935]; passim, pero esp. pp. 116 y ss., pp. 260 y ss. y pp. 287 y ss.

¹⁷ [P] *raecipiti cursu a virtute descitum, ad vitia transcursum [...] in somnum a vigiliis, ab armis ad voluptates, a negotiis in otium conversa civitas.* (II, 1). Se usa la versión de Antonio Ruíz Castellanos, Madrid, Ediciones Clásicas, 2014; la traducción en p. 331.

¹⁸ Diferentes autores han señalado estos puntos: LENS TUERO, J.: “Viriato, héroe y rey cínico”, en *Idem* (coord.), *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Granada, Universidad de Granada, 1994, pp. 127-144. GARCÍA QUINTELA: “Viriato y la ideología trifuncional...”, pp. 121-122. GRÜNEWALD: *Bandits*; pp. 42-164-166.

imaginarle como rey o conductor de su pueblo, o instaurador del mismo, y es por lo que Floro (I, 33,15) le llama *Hispaniae Romulus*, y defensor de la libertad de los suyos. En suma, ese Viriato de las fuentes clásicas es en gran medida un personaje recreado, ficcionalizado, transformado en símbolo casi desde las primeras noticias escritas sobre él.

Viriato, héroe nacional

Ese conjunto de noticias clásicas, y el retrato que del personaje dibujan, es el acervo del que se sirven los autores españoles que en los siglos siguientes se ocupan de él, teniéndole más o menos netamente por connacional ejemplar. *La Estoria de España* de Alfonso X o *Primera crónica general*, en el último cuarto del siglo XIII, resume lo transmitido por los historiadores griegos y latinos, principalmente Orosio, pero con algunos elementos originales¹⁹. Por un lado, atribuye la reacción lusitana e hispana en general a la extremada brutalidad de los romanos ("tan grande era el omezillo que avien los d'España con los romanos"); por otro, introduce una expresa mención a la intervención en aquella revulsión de resistencia armada no solo de quienes en la sociedad de órdenes estaban llamados funcionalmente a ella, *los grandes omnes* e incluso *los otros caballeros menores*, sino también *los omnes de pie* como Viriato²⁰. Se deja indicada su condición de pastor y saltador (*tenedor*) de caminos, condición ésta que en todo momento se le atribuye (*aquel ladrón*), quien demostró su capacidad para dañar los intereses de Roma, combatiendo durante catorce años hasta ser muerto a traición por los suyos. En tercer lugar, y sin que se pueda conjeturar la procedencia, se añade un dato con el que la figura del caudillo lusitano se aleja del modelo de desprendimiento estoico y de equidad en el reparto del botín subrayados en las fuentes clásicas, atribuyéndole lo que cabe interpretar como afán de atesorar lo saqueado ("quantas riquezas ganaba escondíalas todas por los montes en las cuevas") *La Estoria*, pues, no desborda entusiasmo hacia el personaje, podría incluso expresar cierto desapego por su condición y proceder, pero sin reservas lo tiene por héroe español y le sitúa como una de las primeras, sino la primera, de las figuras no puramente legendarias de la historia de España. Ese encuadramiento, y también su celebración será mucho más decidida por parte de historiadores y eruditos posteriores.

No dejaron de referirse a él varias figuras del Humanismo en España, preferentemente en obras de enaltecimiento nacional que, por inspiración más o menos directa de la corte castellana, fueron comunes en el periodo. Era casi requisito del género, en un esquema de sumaba descripción geográfica, con su componente de *laudes Hispaniae*, y crónica histórica y genealógica, la atención a los tiempos

¹⁹ *Primera Crónica General o Estoria de España*, edición de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Bailly-Bailliere, 1906, capítulos 43 y 44.

²⁰ *Se levantó en España un omne muy guerrero que llamavan Viriato; era omne muy ligero y mucho esforçado.*

antiguos, desde los legendarios de los orígenes a las invasiones bárbaras, y ahí se trataba de las guerras lusitanas. En la generación que marcó el tránsito hacia las nuevas maneras intelectuales Rodrigo Sánchez de Arévalo, en una obra de exaltación hispánica, tardía entre las suyas y uno de los primeros trabajos de este tipo impresos, *Compendiosa historia Hispánica* (1470), encuentra en Viriato al más diestro jefe militar nacido en España durante siglos²¹. Exponente del temple sobrio y sufrido de los españoles, de sus orígenes como pastor y salteador pasó pronto a férreo caudillo temido por los romanos que hubieron de librar con él una guerra deshonrosa. En la generación siguiente, Lucio Marineo Sículo, en una obra similar, aborda la figura del lusitano con idéntica pauta, al punto de resultar evidente que sigue estrechamente a Arévalo. También él escribe que fue el más destacado jefe militar español en varios siglos²², y le llama *caudillo de España*²³. En la versión castellana del libro abunda en la estampa estoica del personaje: Su “virtud y abstinencia fue tal que habiendo vencido muchas veces a los ejércitos de los cónsules de Roma con tantas victorias, y hecho tan grandes hazañas jamás mudó la manera de sus armas, ni el atavío de su persona ni tampoco la manera de vivir”²⁴. Otro de los polígrafos de la primera mitad del siglo XVI, Pedro de Medina, plasma análogas ideas. Basándose en Floro preferentemente, resume la historia de la traición de Galba y como, tras ello, los lusitanos “alzaron a Viriato por capitán”. Aunque originariamente pastor, “tenía uso de matar Romanos por enemistad grande que les tenía, y precisamente por ello, por esa aversión, hicieronlo los lusitanos caudillo principal suyo”. Asentada su jefatura, *no solo le siguió Lusitania pero mucha parte de España*. Para Medina, quienes contienden son unas veces portugueses contra romanos y otras españoles contra romanos, y la alternancia entre Portugal y España como teatro de la historia de Viriato es constante. En todo caso la conclusión no es nada equívoca. “fue valiente capitán español”²⁵.

Los historiadores del siglo XVI y comienzos del XVII, igualmente dependientes de las fuentes clásicas, mantienen el mismo paradigma. Pedro de Mexía, el cronista carolino, se ocupó de él, no en sus obras propiamente históricas, sino en la colección de ensayos que publicó en 1540. Le menciona en dos ocasiones, una

²¹ *In tanta seculorum serie nullus Hispanis dux preter Viriatum fuit*. SÁNCHEZ DE ARÉVALO, R.: *Compendiosa historia Hispanica*, Roma, Udalricus Gallus, 1470, fol. 13. Citado por el ejemplar de la RAH (Inc. 98) asequible en su Biblioteca Digital.

²² *Nullus in multis saeculis dux magnus preter Viriatus fuit*. MARINEO SÍCULO, L.: *De Rebus Hispaniae memorabilibus*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1530, fol. 19. Citado por el ejemplar asequible en Biblioteca Digital Hispánica de la BNM.

²³ *Viriatus dux Hispaniae, idem, idem*.

²⁴ *Obra compuesta por Lucio Marineo Sículo, Cronista de sus Majestades de las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, Juan de Brocar, 1539, fol. 56. Citado por el ejemplar asequible en Biblioteca Digital Hispánica de la BNM.

²⁵ MEDINA, P. de: *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, Dominico de Robertis, 1548, folio 14. Citado por el ejemplar asequible en Biblioteca Digital Hispánica de la BNM.

incluyéndole en una relación de jefes militares sobresalientes de la Antigüedad, como por ejemplo Aníbal, y le atribuye el ser, como todos los demás de quienes habla aunándolos, tuerto, algo que en las fuentes antiguas no consta, y siempre especificando su condición de español²⁶. Más ampliamente lo hizo con ocasión de tratar de individuos que, nacidos en cuna modesta, alcanzaron la realeza o reputación por su virtud y gloria. Entre ellos incluye, en efecto, a Viriato, cuya primera dedicación como pastor no deja de señalar²⁷. Si bien sigue la trayectoria que en las fuentes clásicas se traza, introduce ciertos matices que la dignifican algo. Así, al dejar el pastoreo se hace montero, y solo iniciada la lucha con los romanos agrupa a una serie de hombres con quienes *salteava en los enemigos y a veces en los amigos*, actividad propia de almogávar o aventurero²⁸. Por lo demás menciona sus muchos éxitos en la guerra, los estragos que hizo a los romanos y su muerte a traición e invicto.

En la *Crónica* de Ambrosio de Morales (1574) se trata extensamente de Viriato en el libro VII. El enfoque de este autor destaca ante todo por la explícita identificación, por otro lado no infrecuente, entre los pueblos a quienes los romanos combatieron en Hispania y los españoles del momento, del siglo XVI, de forma que se trataría de un mismo sujeto colectivo para tratar del cual un español de entonces podría y debiera usar el pronombre de primera persona de plural. Así lo hace sistemáticamente: con su proceder en la Península los romanos *nos* subyugan y explotan²⁹; en un episodio de la guerra numantina, "murieron dos mil de los nuestros"³⁰, etc. Naturalmente, las cualidades y características temperamentales y morales de los españoles se tienen por intemporales: lo que puede predicarse en el siglo II a.C. es de aplicación en el XVI, con una misma disposición para rebelarse ante la sujeción y preservar la libertad³¹. En ese contexto presenta un Viriato dotado de todas las cualidades reconocidas en los textos clásicos, de modo que en esencia reproduce la imagen del caudillo estoico que en ellos se dibujaba: "Con toda su ferocidad en la guerra fue muy sabio en el gobernar, muy advertido y recatado en los peligros, y muy animoso en menospreciarlos. En el repartir la presa

²⁶ [T]odos fueron tuertos y perdieron uno de los ojos por desastre. MEXÍA, P. de: *Silva de varia lección*, edición de Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989; I, 501.

²⁷ [H]ijo de un pastor, y aun él ayudó a su padre en aquel oficio. *Ídem*, p. 771.

²⁸ Tanto Covarrubias (*Tesoro*) como *Autoridades* incluyen como acepción principal de almogávares soldados veteranos y experimentados dedicados a guarnición, pero el segundo también los soldados curtidos que entraban en el territorio enemigo. Parece adivinarse un propósito de dignificar la actividad predatoria de Viriato al vincularla a esa figura castrense.

²⁹ Habla, por ejemplo, de la *tiranía con que muchas veces los romanos nos gobernaban; había algunas veces en los romanos mucha crueldad y rigor para con nuestros españoles*. MORALES, A. de: *Crónica General de España*, Madrid, Benito Caro, 1791, pp. 175-176 y 371.

³⁰ *Ídem*, p. 318.

³¹ *Ídem*, p. 176.

guardó siempre tanta igualdad y justicia...³². Contó, además, con una cualidad peculiar y de mucho valor para encabezar gentes de guerra como las de Hispania, manteniendo su unidad y disciplina³³. Otros autores, como Garibay, achacarían a falta de unión el triunfo final de Roma. En suma, su capacidad para liberar a España de los romanos, truncada por su muerte, explica que éstos mismos le considerasen el Rómulo hispano.

Aspectos propios del planteamiento de Morales se encuentran en la *Historia* de Mariana, 1601, quien dedicó tres capítulos al héroe lusitano, si bien su disposición respecto a él es algo más ponderada. Señala, como todos, su primera dedicación al pastoreo, y por tanto ser *hombre de bajo suelo y linaje*, y la posterior al bandolerismo como saltador de caminos apuntando que quienes se le unían para ello eran desarraigados movidos por su índole criminosa o por las circunstancias debidas a la guerra contra la presencia romana³⁴. Es decir, no encuentra particular dignidad ni en ellos ni en su jefe. Diestro en la guerra, obtiene triunfos frente a los romanos o evita con hábiles escabullidas que los lograsen sus enemigos, y acaban revelándose móviles patrióticos en su actuación. Por ejemplo, insta a otros pueblos, como los arévacos, a sumarse a su lucha para recobrar entre todos la libertad perdida³⁵. El cansancio de la guerra y la sospecha de que entre los suyos hubiese quien quisiera avenirse con los romanos vendiéndole, le lleva a enviar a los tres negociadores que acabarán matándole, extendiéndose sobre cuanto todas las historias incluyen acerca del caso. El retrato final que de él hace incluye aspectos de su caracterización como modelo estoico: “no le quebrantaron las cosas adversas ni las prosperas le ensoberbecieron”; pese a lo humilde de su origen, su valor y su destreza militar le permitieron doblegar durante años a Roma en su mejor momento de grandeza. Todo ello haría de él, no un bandolero habilidoso sino el campeón de la emancipación colectiva: “el libertador, se puede decir casi, de España”³⁶.

Esteban de Garibay es, de entre los historiadores del período, quien mayor fervor muestra respecto a Viriato y quien más rotundamente le declara héroe nacional. Ve en él un buen ejemplo de la fecundidad española en cuanto a grandes capitanes, y la confirmación, junto a Numancia, de que el sometimiento de los hispanos a Roma fue producto solo de su incapacidad para usar su mejor recurso,

³² *Idem*, p. 380.

³³ *Su ejército, siendo mezclado con tanta diversidad de gentes y condiciones cuantas hay en España [...] siempre le estuvo extrañamente sujeto y obediente. Idem*, p. 381.

³⁴ *Eran muchos los que le acudían y se le llegaban, unos por no poder pagar lo que debían, otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los más por verse consumidos y gastados con guerras tan largas deseaban meter la tierra a barato. MARIANA, J. de: Historia General de España, en Obras, BAE XXX; I, p. 62.*

³⁵ *Que tomasen las armas por la salud común y por la libertad de la patria, que por su esfuerzo el tiempo pasado había comenzado a revivir. Idem*, p. 64.

³⁶ *Idem*, p. 65.

la unidad³⁷. En la medida en que supo ser "capitán general de los lusitanos y de otras naciones españolas de su parcialidad" superó aquel lastre, y por eso, además de por sus facultades marciales, sus victorias serían "más señaladas que ninguno de los capitanes españoles sus predecesores"³⁸.

También autores portugueses, haciéndolo propio, manifiestan su fervor hacia él como héroe hispano. Es el caso de Sousa Macedo; resumiendo su actividad frente a los romanos concluye: "tanto honró este famoso portugués a toda España"³⁹. Ya antes, 1572, lo había hecho Camões; en *Os Lusíadas* son reiteradas las menciones o alusiones a Viriato como timbre de gloria para Portugal (1,26; 3,22; 8,6), emparejado al epónimo Luso⁴⁰. El poema de Camões, tan impregnado de clasicismo, pudiera no ser un foco de vulgarización del personaje, pero entre sus lectores cultos la asunción de Viriato como símbolo nacional se daba por sentada. Lo mismo podría decirse respecto a lectores de autores castellanos. Casi por las mismas fechas escribía y publicaba, 1598, Lope su compleja novela pastoril *Arcadia*, con sus personajes cifrados y no menos plagada de referencias clásicas que la epopeya portuguesa. En ella presenta, con los atributos de Hércules, a un Viriato que forma parte de un catálogo de figuras militares españolas y preferentemente castellanas (el Cid, el Gran Capitán, Álvaro de Bazán, el Duque de Alba y otros)⁴¹, quien al tomar la palabra se presenta como arquetipo del valor hispano⁴². Algo similar se encuentra en el *Quijote* (I,49) en la diatriba del canónigo contra los libros de caballerías, cuyas fantasías contraponen a las proezas de jefes militares históricos, en una relación que abre Viriato e incluye entre otros a Fernán González, el Cid, Fernández de Córdoba o García de Paredes. Un último ejemplo, por no abundar en este tipo de referencias por autores del Siglo de Oro, se encuentra en Quevedo quien en una consideración sobre las diferencias entre la acción por las armas y la actividad literaria o intelectual, se refiere al valor de los españoles, como Viriato, que admiró al mundo, pero que no fue inmortalizado por autores

³⁷ *Si España hubiese conocido sus fuerzas nunca la hubieran conquistado Romanos*. GARIBAY y ZAMALLOA, E. de: *Los cuarenta libros del Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1628, p. 60.

³⁸ *Idem*, pp.152-153.

³⁹ SOUSA MACEDO, A.: *Flores de España, excelencias de Portugal*, Lisboa, Jorge Rodriguez, 1631, p. 158.

⁴⁰ *Desta o pastor nasceo, que no seu nome // se vê que de homem forte os feitos teve; // cuja fama ninguém virá que dome, // pois a grande Roma não se atreve*; "Este que vês pastor ja foi de gado //Viriato sabemos que se chama // Destro na lanza mais que no cajado // injuriada tem de Roma a fama. // Vencedor invencível afamado. Se cita por la edición de Guillard, Aillaud y cia. Paris y Lisboa, 1890, pp. 70 y 222.

⁴¹ VEGA, L. de: *Arcadia, prosas y versos, en Colección de las obras sueltas así en prosa como en verso*, Madrid, Sancha, 1777, VI, p. 188.

⁴² *De pastor vine al Imperio // de valiente Lusitano // la buena herencia es la mano, // en nacer no hay vituperio. // Yo vi al romano a mis pies: // más, ¿para qué cuenta os doy // pues basta decir que soy // español y portugués?*. *Idem*, p. 197.

propios, sino latinos⁴³. Lo que atestiguan este tipo de presentaciones literarias es la incorporación, más allá del campo estrictamente historiográfico, de Viriato como metonimia o signo de un conjunto de cualidades de orden castrense propiamente españolas, o en su caso españolas y portuguesas.

Los historiadores del siglo XVIII no dejaron de resaltar la figura del caudillo lusitano como medular en la historia primitiva de España. Juan Ferreras se puede asimilar al espíritu de los novatores; por ello su *Synopsis histórica*, parte del propósito de arrumbar las fabulaciones y ficciones asentadas respecto a los tiempos más antiguos (pese a que mantendría la leyenda tubalista o la existencia de Gárgoris y Abides); intención alentada por el deseo de evitar la mofa a que daba pie esas quimeras en muchos extranjeros, llevándole a emprender una tarea alejada de la seriedad de sus estudios teológicos “sin otro impulso que el amor a la Patria”⁴⁴. Dedicó a Viriato un considerable número de páginas siguiendo pormenorizadamente las fuentes antiguas desde la matanza de Galba y su evolución pastor / bandido / soldado. El personaje que resulta se ajusta al modelo estoico con enumeración de las cualidades y virtudes que le definirían como tal⁴⁵, pero resaltando, además del valor, otra característica: “amantísimo de su Patria, por cuya libertad mantuvo diez años las armas”. Es decir, el modelo de virtudes estoicas es también ejemplo patriótico. El acentuado españolismo de Masdeu, abonado por su condición de jesuita extrañado, subrayaría igualmente ese aspecto, si bien habla siempre de él como portugués. Por ejemplo, glosando un episodio que se encuentra en Frontino (III, 11,4), en el que Viriato asedia una ciudad aliada de Roma cuyos habitantes prefirieron sucumbir a faltar al compromiso, destaca la precisión de Tenulius quien frente a otros glosadores que discutían que se tratase de una ciudad de Hispania, mantenía que algo así solo es propio “en los españoles, aquella nación fidelísima que pospone la vida a la palabra”⁴⁶. Una condición que también se podría predicar personalmente de Viriato: “mantuvo fielmente su palabra, sin ser traidor jamás ni a sus enemigos”⁴⁷. Partiendo de los datos contenidos en las fuentes clásicas, la etopeya que traza no puede ser más positiva, derivando de aquéllas apreciaciones que, como tal, no contienen: “tenía

⁴³ QUEVEDO, F. de: *La hora de todos y la fortuna con seso*, en *Obras completas en prosa*, edición de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1945, p. 318. También de Quevedo es un soneto en el que, como epítafio, el sepulcro del difunto exalta sus armas, y del que una versión se dedica al Duque de Osuna y otra a Viriato. En *Obras completas. Obras en verso*, edición de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1943, p. 458.

⁴⁴ FERRERAS, J.: *Synopsis histórica chronológica de España. Parte primera*, Madrid, Francisco de Villadiego, 1700, pp. 2-3.

⁴⁵ *Hombre de grande corazón, sufrido en los trabajos, constante en las adversidades, astuto en los peligros, parco en los regalos, justo en las distribuciones, templado en la fortuna. Idem*, p. 153.

⁴⁶ MASDEU, J. F.: *Historia crítica de España y de la cultura española en todo género*, II, *España romana*, Madrid, Sancha, 1787, p. 311.

⁴⁷ *Idem*, p. 296.

pensamientos nobles y grandes, un ánimo intrépido e imperturbable, una mente pronta y sagaz". Pese a haber pasado la vida pastoreando, "estaba dotado de virtudes de ciudadano y de cualidades que se pueden desear en los Príncipes"⁴⁸. Ortiz y Sanz, finalmente, otro de los bibliotecarios reales, buen conocedor de las fuentes clásicas y preocupado también por expurgar el relato históricos de ficciones y leyendas, dedica en su *Historia* (1795-1803) amplio espacio, dos capítulos, a Viriato en análogo tono laudatorio y con una conclusión terminante que se conjuga con el manifiesto patriotismo con que escribe: "fue el español más valeroso que en la Antigüedad tuvimos, orgullo del mundo"⁴⁹. Más adelante se volverá sobre este autor, tan reutilizado durante el siglo XIX.

Masdeu narra minuciosamente las incidencias de la guerra lusitánica e incorpora prácticamente todo cuanto en las fuentes clásicas se halla. Por eso su exposición fue repetidamente seguida y parafraseada por autores del siglo XIX y comienzos del XX. El seguramente más leído historiador español del siglo XIX, Modesto Lafuente, dedicó en su *Historia* un capítulo propio y relativamente extenso al caudillo lusitano. Cita en él algunas de las referencias clásicas convencionales y, si bien no a directamente a Masdeu, es posible barruntar que es de él de donde deriva su esquema. La etopeya que del personaje traza incluye todos los rasgos convencionales y destacados por autores anteriores respecto a su dotes morales y capacidades militares, además de subrayar, en razón de su disposición a llegar a alguna manera de compromiso con los romanos sin aprovechar su ventaja, lo que juzga nobleza y generosidad⁵⁰. Le considera, también "uno de los capitanes más ilustres que España ha producido", mientras la cobardía de quienes le matan a traición y en connivencia con el enemigo sería "impropia de pechos españoles". En razón de esa españolidad de Viriato, hace Lafuente notar una idea no apuntada por otros autores: la imposibilidad de que en cualquier otro país que no fuese España pudiera producirse la transformación que hizo de él un eminente jefe militar habiendo salido de una esfera social modesta. En efecto, tras haber escrito en los primeros párrafos que al personaje dedica que era la suya "un alma tan elevada cuanto era su condición humilde", y no pasar por alto la circunstancia de su dedicación al pastoreo⁵¹, concluye de forma sentenciosa que "fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que dejando la esteva o el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un nombre ilustre"⁵². Es probable que al escribir eso Lafuente estuviese pensando en

⁴⁸ *Idem*, p. 295.

⁴⁹ ORTIZ y SANZ, J.: *Historia General de España*, Madrid, Gómez Fontenebro, 1845, I, p. 259. Es tercera edición del original, *Compendio Cronológico de España*, Madrid, Imprenta Real, 1795-1803.

⁵⁰ Habla así de *generosidad del guerrero español* o del *magnánimo guerrero español*. LAFUENTE, M.: *Historia de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Madrid, Mellado, 1850, I, p. 443.

⁵¹ *Idem*, p. 433.

⁵² *Idem*, p. 447.

algunas personalidades militares de su generación o de la anterior, como El Empecinado o Espartero, si bien no es probable que ninguno de los dos, de familias menestrales y campesinas, arasen o pastoreasen realmente en su juventud. Eran, sin embargo, figuras militares surgidas del período bélico iniciado con la Guerra de la Independencia y cerrado con el final de la primera Guerra Carlista, durante el cual el antiguo monopolio de la nobleza titulada para el acceso a la carrera militar y el desempeño de los altos empleos con mando desapareció definitivamente, circunstancia que para un liberal como él no resultaba irrelevante. Igualmente, cabe suponer que las condiciones políticas inmediatamente anteriores, como la propia guerra o las luchas civiles con decisiva intervención militar que acabaron con la regencia de Espartero, sugirieran la segunda observación original que respecto a Viriato hace. Las disensiones o falta de unidad entre españoles había sido ya destacada por algunos autores, como, por ejemplo, Garibay, como una de las debilidades de la posición de Viriato. Lafuente abundó sobre ello de manera especial. Dado que “el espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles”, la jefatura de Viriato no resultó ni universal ni estable, con menoscabo de los intereses comunes⁵³.

De la solidez de la versión de Masdeu sobre las guerras lusitanas, y en particular respecto al papel y significado de Viriato, es reflejo el que se le tuviese por fuente de referencia en el tratamiento de esta cuestión por la historiografía científica, ya en el siglo XX. Así puede verse en el capítulo correspondiente de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, en sus primeras entregas del decenio de 1930. Del estudio de “La conquista de España por Roma” se encargaron Pedro Bosch Gimpera y Pedro Aguado Bleye, quienes dedicaron un extenso capítulo a la cuestión⁵⁴. Aunque, evidentemente, recurren con solvencia a las fuentes clásicas, citan a Masdeu una docena de veces, incluso para apoyarse en su lectura de aquellas fuentes. Su relato, minucioso y muy avalado en cuanto información y elementos analíticos podían estar disponibles en aquel momento, es una completa monografía sobre el personaje en la que se incluyen, prácticamente, todos los aspectos e interpretaciones que después ha podido desarrollar la investigación. Su explicación última de aquellas campañas parte de establecer la analogía entre Viriato y otros caudillos militares que representaron, en otros pueblos, la resistencia a Roma. Hombres capaces de aunar a sus connaturales “para defender la causa más hermosa: la libertad de la patria”. Por consiguiente, la librada por Viriato “es, pues, una guerra, de independencia”⁵⁵.

⁵³ *Conócese que los españoles, aunque al principio no hubieran sido sordos a la voz de unión, levantada por Viriato, no se habían agrupado en derredor de aquel heroico jefe como les hubiera convenido, Idem, p. 442.*

⁵⁴ “Las guerras de lusitanos y celtíberos contra Roma. Primer periodo (154 a 143): Viriato”, en R. Menéndez Pidal (Dir.), *Historia de España*, II, *España Romana (218 a de J.C. – 414 de J.C)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935, pp. 89-144.

⁵⁵ *Idem, p. 138.*

Viriato, personaje dramático

En el apartado anterior se ha dado cuenta de algunos ecos de la figura del jefe lusitano en producciones literarias, narrativas o épicas, además de las propiamente historiográficas hasta mediados del siglo XIX. Se volverá más abajo sobre otras producciones de este género posteriores, pero antes es obligado revisar la proyección del personaje en otros campos de creación durante ese mismo largo periodo. Una de las cuestiones siempre arduas para la Historia intelectual como especialidad, es medir el alcance en una sociedad de los productos literarios, estimar su efecto, su aceptación o su rechazo, su penetración y adaptación. En los casos arriba examinados, y con la presumible excepción, hasta cierto punto, de *Os Lusíadas*, no cabe suponer que su repercusión fuese demasiado amplia. Ni la imprenta, en un mundo en el que el individuo alfabetizado con recursos y motivación para leer era excepción, ni las lecturas en voz alta a oyentes sin habilidad u oportunidad lectora, podrían ser canales por medio de los cuales la de Viriato alcanzase a ser figura popular, o al menos conocida. En la cultura española de la Edad Moderna, y en especial en la castellana, el vehículo literario apropiado para la popularización de personajes y tipos era, además del Romancero, con su diverso, rico y amplísimo corpus, la dramática. No hay que detenerse a recordar la confluencia frecuente de ambos tipos de creación, proporcionando el Romancero personajes y situaciones llevadas a la escena por los dramaturgos. Como tampoco la relativamente distinta adecuación de una y otra forma a públicos y medios sociales diferentes: el Romancero preferentemente rural, el teatro preferentemente más urbano. El Romancero, no obstante, y a diferencia de Numancia, objeto de algún romance culto, no recogió ecos de Viriato, o al menos ninguno bien conocido. No así en el teatro donde, aunque contadas, y al igual que a Numancia o Sagunto, hubo producciones dedicadas al personaje.

En efecto, entre los siglos XVII y XVIII se catalogan unas pocas creaciones dramáticas con Viriato como protagonista o personaje descollante. Es el caso de dos escritas ya avanzada la primera de esas centurias. Una anónima *En el remedio está el daño* se conserva en manuscrito, no debiendo de haberse impreso nunca presumiblemente, aunque sí, quizá, representado⁵⁶. Se trata de una tragedia de enrevesada trama, en la que Viriato muere apuñalado mientras duerme, como registran las historias, pero a manos de uno de sus lugartenientes y de su mujer, hija del pretor romano, acuciado aquél por celos infundados alevosamente alimentados por el jefe enemigo que le combate. Poca, o ninguna, pretensión de exactitud histórica hay en parlamentos en los que el caudillo lusitano evoca la mitología latina, o Mérida es ciudad preexistente a la colonización romana. O cuando el protagonista vive una confusa ensoñación en la que aspira a coronarse

⁵⁶ La BNM conserva varios ejemplares. Aquí se sigue el compilado en *Teatro antiguo español hasta mediados del siglo XVIII*, tomo 5. Mss 14793. Asequible en Biblioteca Digital Hispánica.

rey, reflexionando al paso sobre las servidumbres de esa dignidad⁵⁷. Mayor fidelidad a los términos de la historia convencional hay en la rememoración de sus orígenes, abundando en lo obscuro de los mismos, tan inapropiados respecto a lo enaltecidos que eran deseables, en el código de estimación propio de la sociedad de órdenes, para figuras con preponderancia y ejemplares. Por ello, la de Viriato será proceridad salida del mérito personal, en su caso militar: *... no // se halla en mi más nobleza // que la que adquirió mi espada*⁵⁸. Una circunstancia que, sacándole de la turbia condición de bandido, se extiende a quienes le siguen, pues *tienen [ya] plaza de soldados // los que ayer la pasaron de ladrones*⁵⁹. La exaltación del patriotismo español no está, por lo demás, ausente. Español se dice el héroe, y así se identifican también quienes le secundan. Quien acabará por darle muerte, tras ser capitán a sus órdenes, se presenta a sí mismo como español natural de Mérida, y la invocación a la libertad de la nación en *dura prisión por el yugo impuesto por Italia* (I.2v/55) es reiterada. No falta tampoco la ufanía sobre las cualidades nacionales⁶⁰, y hasta el mesurado Viriato tiene arranques de jactancia seguro de su superioridad marcial⁶¹. En todo caso, la suya es personalidad atractiva y amable, según el molde clásico. Austero, noble, consecuente, de forma que a su asesino dirá, cerrando el drama, otro personaje. *has muerto al varón más claro // que conocieron los siglos*⁶².

La segunda comedia del periodo, también aunque de fecha incierta de finales del siglo XVII, llevó el más directo título de *El español Viriato*, y fue su autor Francisco González de Bustos, dramaturgo de muy segunda fila, algunas de cuyas producciones se imprimieron. No fue ése, sin embargo, el caso de la que aquí interesa, conservada, no obstante, en al menos dos manuscritos⁶³. Es éste un Viriato

⁵⁷ *Pues visto con atención // a la luz de la razón // nadie es rey a buena ley // supuesto que ningún rey // hay sin ninguna pensión.* Ídem III.11r./100. (En estas citas la cifra romana remite a la jornada, y las arábicas al folio del manuscrito y a la numeración del volumen facticio del que forma parte)

⁵⁸ *Idem*, I.5r/56.

⁵⁹ *Idem*, I.6r/57. Y concluye: *y el robo con que oprimo la campaña // si ayer era delito hoy es hazaña.*

⁶⁰ *Esta bárbara nación // que antes se rinde a la muerte // que a la traición...*, dicen de España sus rivales. *Idem*, III. 7V/96.

⁶¹ *Gallea que a las águilas romanas que toda // la esfera del orbe vuelan // les he de cortar las alas // dejándolas de manera que aun plumas para escribir // su estado infeliz no tengan.* *Idem*, I.7r./59.

⁶² *Idem*, III.14v./103.

⁶³ Ambos en la BNM, y ambos en su BDH. Aquí se sigue el más legible Mss 14793. De González de Bustos es poco lo conocido. Véase MATA INDURÁIN, C.: "Rebeldes y aventureros en *Los españoles en Chile* (1665) de Francisco González de Bustos", en H. R. Cortés, E. Godoy Gallardo, M. Insúa Cerceda, *Rebeldes y aventureros del Viejo al Nuevo Mundo*, Madrid, Iberoamericana, 2008, esp. pp. 163-164. Aunque la autoría no sea aquí cuestión sustancial, alguna duda pudiera haber sobre que realmente fuera de González de Bustos: el *Índice* de Medel (Francisco Medel del Castillo, *Índice general alfabético de todos los títulos de comedias...*, Madrid, Alonso de Mora, 1735; 41) no especifica autor aunque en la misma página incluye, con González de Bustos como su autor, *Los españoles en Chile*. Héctor Urzáiz, *Catálogo de autores teatrales del siglo XVII*, Madrid, FUE, 2002, lo identifica sin reservas como autor.

altanero, seguro de su capacidad guerrera, que irrumpe en escena arengando a españoles que se retiran ante la acometida de los romanos asegurándoles que su propia espada y presencia atemoriza a los enemigos, y exhortando a la lucha pues *es menor dolor la muerte* que abandonar a la patria, y exigiendo inmolarsse por su libertad (*contra tanto ardor tirano // sacrificuense valientes // vuestras vidas por la Patria // muera quien tanto la ofende*⁶⁴). Más, lamentan ante él otros resistentes, hay españoles seducidos por los romanos haciendo posible, con ello, su dominación. En cierto modo, el nudo de la trama es la tentación de pactar frente a la resolución numantina de resistir a toda costa⁶⁵. A Viriato, como personificación de esa voluntad irreductible de independencia, se le aclama como *general y cabeza* de España, alzándolo sobre el pavés⁶⁶, en rito anacrónico e inusitado en la España prerromana; no obstante, es claro el conocimiento de las fuentes, con detalles como referencias a las tácticas usadas, o la proeza del lusitano que mató a un caballo y decapitó a su jinete en ellas recogida y que aquí se atribuya al mismo Viriato. No será necesario desarrollar la trama de la comedia, que incluye la rivalidad, arma en mano, de una romana y una española, reflejo del acentuado belicismo que la impregna, y concluye con un Viriato vivo llamando a los suyos al combate. La pieza de Fernández del Busto rebosa, en suma, un hinchado ardor patriótico, enfocado tanto hacia el protagonista como guerrero pugnaz, como hacia la irreductibilidad de quienes rechazan toda posibilidad de aceptación de señorío extranjero.

El gusto neoclásico no desdeñó la figura de Viriato como materia dramática, y hay un par de obras de las que conviene dar cuenta. Una fue un breve drama en un acto del prolífico, versátil y maltratado Luciano Comella, quien hacia 1780 estrenó *El mayor rival de Roma; Viriato*, impresa también varias veces por diferentes editores entre finales del siglo XVIII y primeros años del siguiente⁶⁷. Hay en ella muchos elementos propios del drama heroico del periodo anterior e, igualmente, una laxa sujeción a los aspectos dados por históricamente ciertos. Así, un personaje central será Dulcidia, mujer de Viriato apresada por los romanos, y quien le impulsa a la acción y sostiene con brío la resistencia. Según los romanos, que no dejan de recordar sus orígenes montaraces y su pasado en el bandidismo, además de achacarle un temperamento altivo y feroz, Viriato aspira a hacerse rey de Lusitania y atacar a Roma. Por lo demás, su identificación como cifra de patriotismo

⁶⁴ BUSTOS, G. de: *El español Viriato*, mss cit. fol.5r. Son reiteradas estas referencias al compromiso de exponer por la vida por la patria y al reconocimiento que ello merece: *quien la vida pierde por la patria // eterno vive en reverente llama*". Ídem, 8r., "... ninguno // desoirá por la defensa // de la Patria dar la vida.9r., etc. Resonación del *dulce et decorum est pro patria mori* horaciano, y de idéntica significación.

⁶⁵ Por ejemplo, como lo expresa una belicosa mujer: *antes España será // del fuego inútil pavesa // que en infame sujeción // de Roma el yugo consienta*. 10r.

⁶⁶ 11v.

⁶⁷ Alguna de esas ediciones no lleva indicación de editor. La primera (Madrid, Juan Francisco Piferer) debe de ser próxima al año de estreno; aquí se sigue la de Madrid, Cruzado, ca. 1798.

español es absoluta. En la presentación de personajes se le identifica como *caudillo del pueblo español*, y sus seguidores le aclaman al grito de *viva nuestro caudillo, viva España*. Su propósito es romper el yugo con que Roma la aprisiona, convocando para ello a los demás pueblos de Iberia⁶⁸. Una motivación bien distinta a la de sus enemigos⁶⁹. La compenetración entre su principal guerrero y la nación es tal que al sucumbir el uno lo hará la otra: *con mi triste muerte, muere España*⁷⁰. El drama no exalta solo las cualidades de un individuo descolante, sino un temple colectivo, una irreductibilidad nacional, que expresa el personaje de Dulcidia. Instada por los romanos a claudicar les responde que a ningún español sería posible, por naturaleza, someterse: *España me dio el ser, harto te he dicho*⁷¹.

Una pieza, pues, la de Comella que cultiva una particular tensión nacional y que, sin estar ausente, no resulta tan cardinal en la reiteración del tema por José María Iñiguez, un cuarto de siglo más tarde, con su *Viriato*. También aquí el protagonista proclama su devoción patriótica repetidamente⁷², pero más lo hace invocando la libertad y execrando la tiranía. La resistencia hispana contra Roma podía, y así se había hecho por los autores precedentes, interpretarse como lucha por la libertad colectiva, y Roma como encarnación de la opresión⁷³. En el drama de Iñiguez se aprecia, sin embargo, un específico giro en el que la opresión y la libertad resultan algo más complejo que la sola sumisión a una voluntad exterior y la búsqueda de independencia. Es decir, no será aventurado vislumbrar referencias a una idea de libertad que se ajusta más bien a la antítesis del absolutismo político y los límites a la emancipación personal, a los derechos individuales. Algo así parece querer decir un Viriato que excita a *destruir la horrenda tiranía*, o proclama *libres vivamos y el tirano muera*; que, en su último parlamento, exhorta a los suyos *jamás dobléis a servidumbre el cuello*⁷⁴. Naturalmente, ambas cosas no son incompatibles, pero el repudio de la dominación ajena no es ya solo expresión reactiva de rechazo al extranjero, sino de una afirmación positiva del patrio-

⁶⁸ *Convidemos a los valientes hijos de Numancia // [...] y a las demás provincias subyugadas // [...] libertando // de esclavitud tan vil a nuestra patria*. Ed. cit., p. 6

⁶⁹ *Viriato pelea por su patria, Roma por ambición y despotismo*. *Idem*, p. 5. No solo por la libertad, también por la gloria nacional, *Idem*, p. 12.

⁷⁰ *Idem*, p. 14.

⁷¹ *Idem*, p. 4. En otro momento reitera la idea en este diálogo: *-¿Eres mujer o furia? – Ya lo he dicho // la España me dio el ser*. *Idem*, p. 5. Es expresión similar a la usada por Lope en su *Arcadia*. Vide *supra* nota 42.

⁷² *La ley suprema para mi es la patria*. O en otro momento, *Habita // en mi la patria, y [...] su honor, su gloria // son mis amores, mi mayor delicia*. IÑIGUEZ, J. M.: *Viriato*, Madrid, Hija de Ibarra, 1806, pp. 22 y 51.

⁷³ De hecho, también algunos de sus pasajes pueden interpretarse de la misma manera: *libres nacimos. // Nuestros abuelos con sus propias vidas // esta agradable libertad compraron // [...] libres seremos y perezca Roma*. *Idem*, p. 12.

⁷⁴ *Idem*, pp. 72 y 88.

tismo como ejercicio político en libertad⁷⁵. Algo que parece próximo, cuando no idéntico, a la concepción de patriotismo gestada durante el siglo XVIII y convertida en instrumento político en la Francia revolucionaria. No quiere esto decir que el autor, de quien no ha sido posible averiguar datos biográficos, se identificase con el programa revolucionario en alguna de sus expresiones desde 1789, pues bastaba haber leído, por ejemplo, algunas de las obras dramáticas de Voltaire, con su recreación de episodios de la historia clásica para encontrar ese modelo retórico.

Del drama de Comella cabe suponer un cierto éxito de público en razón de sus repetidas ediciones baratas; respecto al de Iñiguez es presumible, en cambio, su mala acogida, al menos por parte de la crítica. Al publicarse en la misma fecha que el *Viriato* otro drama suyo, *Doña Blanca*, el *Memorial literario* insertó una despiadada reseña⁷⁶, expresiva de la desestima que sus creaciones parecen haber merecido. Es posible, sin embargo, que de él se valiese el autor de un nuevo drama con Viriato como protagonista, estrenado ya bien entrado el siglo XIX, Manuel Hernando Pizarro⁷⁷. Hernando fue un poeta menor que hizo discreta carrera en el oficialismo durante los últimos años del reinado de Fernando VII, y el drama que construye no resulta particularmente llamativo. La historia de amores accidentados que centra la trama desplaza la atención del hecho guerrero, reducido a ambiente desdibujado. Viriato corteja a la hija de un jefe romano, y ésta le corresponde, con agravio de uno de sus connacionales, quien también la solicita. Padre y pretendiente rechazado son prisioneros del caudillo lusitano, suscitándose un conflicto más personal que de otra índole. La fidelidad a la figura histórica es sumamente laxa, y el autor crea un personaje, ante todo, a la medida de sus conveniencias dramáticas: "sea cual sea la verdad histórica acerca de su carácter, yo he juzgado conveniente modificarla"⁷⁸. De hecho, lo que centra su atención es un tipo idealizado, en expresa desvinculación del trazado por la historiografía⁷⁹. Algo que también habían hecho ya dramaturgos anteriores, pero

⁷⁵ *La patria, sí, la libertad, el ansia // de confundir y ahogar la tiranía. Idem*, p. 11.

⁷⁶ *Memorial Literario o Biblioteca Periódica*, 24, 30 de agosto de 1806, p. 288. Breve, se reducía a aplicarle, cambiando por "autor" lo que en el original es "actor", el pasaje del canto tercero de Boileu donde censura que la torpeza interpretativa *débrouillant une pénible intrigue, // D'un divertissement me fait une fatigue*. Se cita, corrigiendo las imprecisiones con que se reproduce en el *Memorial*, por *Art poétique de Boileau-Despréaux*, edición del abate Drioux, Paris, E. Belin, 1871, p. 29.

⁷⁷ En la reseña que de la obra hizo la *Revista de España y el Extranjero* (devida tal vez a Fermín Gonzalo Morón), tomo VI, 1843, pp. 231-233, se apunta una excesiva dependencia del drama de Iñiguez. *Viriato (tragedia original en cinco actos)* se editó en Madrid, Repullés, 1843, que es la versión que aquí se sigue, y se incluyó en el volumen 44 de *Teatro Moderno español*.

⁷⁸ *Idem*, prólogo sin paginar.

⁷⁹ *Lejos de pintarle con las tintas sombrías de algunos historiadores y poetas, es decir, como un hombre inculto, feroz y cruel, he procurado hacerle noble, magnánimo y sensible, aunque dotado de la altivez, el espíritu y el ánimo firme de un guerrero de aquella época. Idem, idem.*

a diferencia de aquellos, sin embargo, no pinta un patriota. El drama se estrenó, con Julián Romea en el papel protagonista, en mayo de 1843 alcanzando solo tres representaciones⁸⁰.

Si Hernando no abundó en la vertiente patriótica no debió de ser, seguramente, por temor a que cultivar ese registro comprometiese el éxito de público de su obra. De hecho, otras similares lo habían tenido en los decenios precedentes, y, además, habían adquirido un sentido nuevo para los públicos de comienzos del siglo XIX, en buena medida concorde con el que desprende el *Viriato* de José María Iñiguez. Fue el caso de la *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala⁸¹. Estrenada en 1778, un cuarto de siglo largo más tarde, en la época en que Iñiguez publicó su propio drama, tenía aún buena aceptación⁸². Al parecer, bajo el reinado de Fernando VII y en el Trienio la añeja obra de Ayala cobró una connotación propia del momento político, asimilando la exaltación de la libertad representada por la ciudad resistente a la defensa de la constitución y la oposición al absolutismo, de ahí que su representación estuviese prohibida desde 1824. Cuando se repuso diez años después en el teatro madrileño de La Cruz, la empresa no dejó de resaltar el significado que, desencadenada ya la guerra carlista, políticamente podía tener en aquellas circunstancias⁸³. Al reseñar una de las representaciones, Larra, quien realmente se valía de ella para cargar contra el Reglamento de imprentas recientemente promulgado, no dejó de señalar lo nutrido de la concurrencia y el entusiasmo con que se siguió la función⁸⁴. Pero, en la gran efervescencia teatral de la primera mitad del siglo XIX, especialmente en Madrid, el personaje de Viriato parece eclipsado y su conmemoración se haría por otros canales.

La presencia en escena del caudillo lusitano, como héroe de la Antigüedad propio, tendría cierto paralelo, aunque no estrecho, en la reiterada aparición de *Arminius*, el campeón de la resistencia germana frente a Roma, en los escenarios europeos del siglo XVIII, y especialmente en el teatro lírico. De Händel, con libreto de Antonio Salvi, es un *Arminio* estrenado en Londres en 1737, pudiendo haber habido una versión anterior vienesa. Varios años antes, en 1714, se había

⁸⁰ *Revista de teatros. Diario pintoresco de literatura*, 22-V-1843.

⁸¹ Sobre esta obra, en la dimensión que aquí interesa, CASTRO, D.: “Sagunto y Numancia...”, pp. 240-241.

⁸² *Todavía es bien recibida por el público de Madrid, Memorial Literario*, 25, 10 de septiembre de 1806, p. 303.

⁸³ La publicidad rezaba así; *No puede ser indiferente al heroico vecindario de esta capital volver a oír en sus teatros los generosos acentos que granjearon siempre a esta tragedia aplausos patrióticos. La Revista Española*, 3-VI-1834.

⁸⁴ “Figaro”, “Numancia, tragedia en tres actos”, *La Revista Española*, 9-VI-1834. *Llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas; Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusión y tantas las repeticiones de libertad.*

representado también en Londres un drama musical de igual título⁸⁵. También en escenarios londinenses, y en el siglo XVIII, se representaron varios dramas de autores locales con el caudillo germano como protagonista. De un poco conocido William Paterson fue un *Arminius* estrenado e impreso hacia 1740⁸⁶, y con el mismo título lo fue medio siglo después otra debida al polifacético Arthur Murphy⁸⁷. Johan Jakob Bodmer, el crítico suizo, incluyó entre su serie de dramas de contenido moral y político referidos a personajes históricos, uno que tiene a Arminio como figura central⁸⁸, y del cual se hicieron traducciones francesas. En Francia, Jean Galbert Campistron contó entre sus libretos y dramas también un *Arminio*, varias veces editado⁸⁹.

Naturalmente, esta repetida evocación del jefe querusco no era más que reflejo de la norma neoclásica, para imprimir grandeza a los temas, de hacer objeto de dramatización a figuras de la Antigüedad, y de la necesidad para tantos escritores y libretistas de escudriñar la historia y la literatura clásicas en busca de personajes y situaciones dramatizables, no pocas veces prescindiendo de lo que sobre ellos pudiera darse por históricamente fijado. Por ejemplo, en el drama de Campistron el argumento viene centrado por la claudicación de uno de los jefes germanos, resignado a sujetarse a Roma, y a cuya hija, en amores con Arminio, pretende Varo, el general romano. La entrega a un enemigo de esa hija, Ismenia, en quien podría verse una figuración de Germania, y la oposición de Arminio a aceptar la paz mientras corteja a Ismenia pueden simbolizar dos posturas políticas, dos formas de asumir el compromiso nacional, pero el conflicto personal y amoroso se sobrepone a ese otro plano de lectura. Para el público veneciano, parisino o británico para quienes esas creaciones se pensaban, la dimensión étnica o directamente nacionalizadora del personaje estaba fuera de lugar, algo que en el caso de los dramaturgos españoles no resulta tan claro. Las interpretaciones políticas, de haberlas, podían resultar dispares. De las arriba mencionadas, la versión de Murphy, el combativo campeón tory contra Wilkes, es la más explícitamente política. De hecho, el texto iba precedido de un discurso preliminar que es una auténtica exposición de ese carácter, cuya explicación última hay que buscarla en las circunstancias del momento, de guerra contra la Francia revolucionaria y acción en la propia Gran Bretaña de activos grupos deseosos de trasplantar a su

⁸⁵ *Arminius, an opera*, Londres, Jacob Tonson, 1714. Contiene extractos de las principales arias en versión al inglés. Se atribuye su autoría a un J. J. Heidegger que no debió de ser más que arreglista de una producción anterior, quizá de los Ziani, tío o sobrino, y de algunos de los muchos y prolíficos libretistas activos en Venecia y Viena a finales del XVII.

⁸⁶ PATERSON, W.: *Arminius, a tragedy*, Londres, A. Miller, 1740.

⁸⁷ MURPHY, A.: *Arminius*, Londres, J. Wright, 1798. En ediciones posteriores se incluyó en subtítulo: "A champion of liberty".

⁸⁸ *Die Cherusken, ein politisches Schauspiel*, Augsburgo, 1778.

⁸⁹ *Arminius, tragedie*, Paris, Thomas Guillain, 1690.

país los principios de la Revolución y enemigos de las prerrogativas reales y el anglicanismo, o al menos de la Alta Iglesia. La moraleja del drama vendría a ser la superación de las discordias frente al enemigo exterior y común. En la conclusión del acto cuarto exhorta uno de los personajes a que “padres, hijos y familias se unan en una misma voz y corazón para defender el solar nativo”. No es, sin embargo, una obra belicista, y en su momento culminante, cuando la esposa de Arminio, Velleda, halla a su hermano y a su padre que, luchando con y contra los romanos, se han dado muerte, conmina a que “aprenda toda Germania qué resultado arroja la violencia de partido”, a que lo ocurrido ese día “enseñe a todas las naciones que la concordia civil es su bendición más auténtica”⁹⁰.

La escena inglesa del siglo XVIII tuvo, sin embargo, su propio héroe nacional enemigo de Roma, Caractacus. El caudillo catuvelauno mantuvo la resistencia final a la invasión del 43.d.C., y su figura quedó incorporada a la historia nacional. Camden, en *Britannia*, 1586, y en *Remains*, 1605, ponderó lo tenaz de la lucha de los britanos, censurando la desunión que entre ellos acabó facilitando la conquista, y consideró a Caractacus el más destacado de los reyes o jefes opuestos a Roma. En 1759, William Mason le dedicó un poema épico varias veces reimpresso en los años siguientes⁹¹, y del que hizo una versión dramática estrenada hacia 1795. Antes, en 1767, se había compuesto y estrenado en Londres una versión lírica, probablemente inducida por el éxito del poema de Mason, con libreto de Giovanni Gualberto Bottarelli y música del único de los Bach que se aplicó a la ópera, Johann Christian⁹². Vercingétorix, que podría haber sido figura mucho más apta para reflejar y cultivar sentimientos etno-nacionales en Francia, no fue, sin embargo, personaje teatral hasta el siglo XIX. De esta forma, las obras que tuvieron por objeto a Arminio, e incluso a Caractacus, concebidas ante todo para desarrollar dramas y conflictos humanos, no son referencia particularmente valiosa para contrastar con las que en España se dedicaron a Viriato, que, si bien centradas igualmente en ese plano de las situaciones patéticas o conmovedoras, precisamente lo que los públicos de teatro esperaban, podían proyectar implícitamente un efecto de identificación nacional latente.

Viriato y el canon nacional

La Guerra de la Independencia, precipitando en España la crisis del Antiguo Régimen, generó un conjunto de nuevas referencias patrióticas, articuladas en torno a la idea de defensa encarnizada de la soberanía y la libertad nacional, como

⁹⁰ MURPHY: *Arminius*, ed. cit. acto IV, escena XII.

⁹¹ *Caractacus, a dramatic poem, written on the model of the ancient Greek tragedy*, Londres, Knapton, 1759, asequible en *Eighteenth century collections online*.

⁹² Ese sería, precisamente, el periodo en el que fraguó un sentimiento nacional britano, según un bien conocido estudio, cuya autora, sin embargo, no considera esa dimensión relacionada con la historia antigua: COLLEY, L.: *Britons. Forging the Nation, 1707-1837*, Londres, Pimlico, 2003 [2da.]

rasgo idiosincrásico e invariable de la población española de todos los tiempos. En buena medida se trataba solo de reiteración, intensificada, de algo que diferentes autores habían aducido mucho antes, como ha podido verse en algunos ejemplos más arriba. En ese contexto, de resistencia a una invasión extranjera, y aunque las gestas bélicas colectivas o individuales del momento captasen primordialmente la atención, las evocaciones de las proezas frente a la Roma conquistadora no podían por menos que producirse. Oradores y escritores no dejaron de recordar Numancia y Sagunto, así como, quizá en menor medida, a Viriato en tanto que modelo o precedente de la táctica guerrillera. Por ejemplo, Mejía Lequerica explicaba en las Cortes que, según confirmaba la historia, no era posible oponer ejércitos a un invasor poderoso, siendo por ello de admirar "las partidas de patriotas", nutridas, arrojadas y disciplinadas, "semejantes a éstas [...] de la Antigüedad, como las de un Viriato"⁹³. Con él emparentaban, pues, El Empecinado o el cura Merino, y todos respondían a un mismo patrón de fogosidad patriótica española. Una furia obligada por una suerte de necesidad histórica, al haberse sucedido las irrupciones extranjeras con amenaza y menoscabo de un espíritu nacional cuyas raíces se hundían en la España prerromana. Otro liberal, ya exiliado tras las dos abrogaciones de la constitución en tiempos de Fernando VII, exponía según ese esquema el curso de la historia de España, *destinada a ser siempre presa de gente advenediza*, de forma que ya los caudillos ibéricos y celtibéricos hubieron de tomar las armas *para restaurar la libertad de la patria*⁹⁴. En suma, la agresión napoleónica pudo infundir a la figura de Viriato una significación más viva, adicional a la ya establecida de memorable reliquia y representación del temple nacional.

Continuaba, de cualquier manera, siendo una personalidad conocida casi exclusivamente entre los familiarizados con la historia antigua de Roma y de la Península. Su popularización durante el siglo XIX hubo de deberse al paulatino incremento, en autores y lectores, del mercado del libro de historia, y, ante todo, a la atención que se le otorgó en la literatura escolar. La enseñanza de la Historia de España, en los diferentes planes de los niveles primario y secundario, e igualmente en el superior, conformó, a lo largo del siglo, un canon de personajes ilustres y un elenco de acontecimientos memorables, estructurado en manuales y compendios, que habitualmente se abría con los cartagineses y la derrota de Anibal, para continuar con Viriato y su lucha frente a Roma. Usualmente, en manuales y en las historias generales de España, la ponderación de su carácter y conducta es rotunda y la explicación de su relevancia se cifra en su condición de defensor de la independencia nacional. Algunos ejemplos permitirán apreciarlo. Ya se ha

⁹³ *Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*, edición 1870, I, p. 616. Sesión de 2 de marzo de 1811.

⁹⁴ *Ocios de los españoles emigrados*, 8, noviembre de 1824, p. 295, y 18, septiembre de 1825, p. 207. El autor es con toda probabilidad Joaquín Lorenzo Villanueva.

hecho mención de José Ortiz y Sanz, el polígrafo editor de Vitruvio y Palladio, cuya historia de España se escribió todavía en el siglo XVIII, pero la reiterada reimpresión y adaptación de la misma durante el siguiente permite considerarla obra propia de ese periodo, con carácter de texto de alta divulgación⁹⁵. Habla de él por extenso (libro III, cap. IV, 7) y le ensalza incondicionalmente en los términos que quedan dichos⁹⁶. Orientado tanto a las publicaciones vulgarizadoras como a la redacción y edición de libros escolares, las obras de Manuel Ibo Alfaro tuvieron mucha difusión en los decenios centrales del XIX. Su *Compendio*, que se reimprimió hasta los años de 1890, participaba de la convencional ufanía sobre la condición de los españoles, siempre la misma desde sus más remotas manifestaciones⁹⁷, y Viriato encarnaba lo mejor de ella. Siguiendo lo esencial procedente de las fuentes clásicas, narra detenidamente sus campañas y muerte, ponderando su carácter *agradable* y las *bellas cualidades* que le valdrían el reconocimiento como caudillo por parte de sus connaturales. Todo para vengar la traición de Galba y *defender la independencia de España*⁹⁸. En otros textos escolares coetáneos, lo que le engrandecía es que *vengó a su patria*⁹⁹. Los diferentes manuales de Fernando de Castro son un tanto más flemáticos, y tratan sin relevancia particular las guerras lusitanas entre las varias sostenidas por Roma, pero no sin destacar en Viriato su bravura¹⁰⁰. La tónica predominante fue, sin embargo, la explícita conexión entre el personaje, la lucha por la independencia y el afianzamiento de la nacionalidad. Y ello tanto en textos escolares como obras de mayor fuste. Entre los primeros, uno aparecido ya entrado el siglo XX, tras exponer que Indíbil y Mardonio también *dan su vida por la independencia de España*, y que Viriato *venga a los españoles* de los atropellos romanos, explica su muerte “indicando a sus compañeros el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria común”¹⁰¹. La monumental *Historia* de Morayta es un texto de naturaleza muy distinta a este anterior, y su autor alguien muy alejado en posiciones políticas del catolicismo conserva-

⁹⁵ Como *Compendio cronológico de la historia de España, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, los sucesivos tomos se publicaron por la Imprenta Real entre 1795 y 1803. En el decenio de 1840 aparecieron varias ediciones y actualizaciones. Aquí se utiliza la titulada *Historia general de España, aumentada hasta fin de 1843*, Madrid, Fuentenebro, 1846.

⁹⁶ Cf. *supra*, nota 49.

⁹⁷ Aun en la barbarie primitiva, los españoles fueron *siempre amigos de la patria; [...] siempre nobles y generosos*. En el presente *conservan su nobleza, su generosidad, su amor a la justicia y a la independencia*. IBO ALFARO, M.: *Compendio de historia de España*, Madrid, Establecimiento literario de M. I. Alfaro, 1860, p. 57.

⁹⁸ *Idem*, p. 59.

⁹⁹ RIVERA, J. F. de: *Curso elemental de historia*, Valladolid, Imprenta de Aparicio, 1847, p. 126.

¹⁰⁰ [H]ombre de arrojo y valor, terrible a los romanos, CASTRO, F. de: *Historia antigua para uso de institutos y colegios de segunda enseñanza*, Madrid, Imprenta que fue de Operarios, 1850, p. 145. Le denomina reiteradamente “el bravo Viriato”: *Resumen de historia general y de España. Obra de texto para uso de los institutos y seminarios*, Madrid, Gregorio Estrada, 1863.

¹⁰¹ MARQUÉS Y SABATÉ, J. M.: *Nociones elementales de historia de España para los alumnos de enseñanza primaria*, Barcelona, Liberia Escolar, 1912, pp. 16 y 17.

dor que aquél trasluce. Sin embargo, la coincidencia respecto a la interpretación de Viriato es grande. Morayta expone detenidamente la *epopeya* de Viriato partiendo de lo contenido en las fuentes clásicas, y siguiendo en buena medida a Masdeu. El Viriato que describe es el héroe estoico que tantos habían pintado, mientras que su éxito militar, inexplicable para los extranjeros, respondería a algo perfectamente natural y bien conocido para los españoles: la guerra de partidas y guerrillas¹⁰². La condición española del caudillo lusitano es, en suma, la clave que explica su éxito y también sus motivaciones. La ponderación de las cualidades distintivas de los españoles en todo tiempo¹⁰³, enmarcan lo que de singular y especial corresponde al personaje, es decir, la fundación de la nacionalidad: "con hombres como Viriato tuvieron, en efecto, comienzo tantas naciones". Si bien, pese a que Viriato *presintió* la *unificación de España*, ésta no habría de culminarse con él por prematura¹⁰⁴.

Además de los manuales escolares, otro tipo de textos pudieron hacer de Viriato figura conocida para niños y jóvenes. La prensa infantil del XIX, con su pronunciada orientación instructiva, antes que recreativa, solía incluir breves semblanzas de personajes celebrados del pasado, o desarrollar sinopsis de la historia de España donde figuras como Viriato no podían faltar. En buen ejemplo es la serie que con el título general "La historia de España" fue publicando el erudito barcelonés Florencio Janer desde 1872 en una de las revistas de ese tipo con mayor calidad. Aunque muy escuetas, aquellas entregas no carecían de rigor, sin dejar de reproducir algún lugar común ni rendir tributo al envejecimiento nacional que era usual en todos los países. Al tratar de los lances de la Guerras Púnicas ocurridos en la Península, hacía hincapié en el heroísmo fiero de los saguntinos, "modelo de fidelidad y constancia", por cuanto, ante las exigencias cartaginesas, "se excitó su patriotismo en términos que prefirieron mil veces perecer antes que rendirse"¹⁰⁵. El capítulo sobre el asentamiento de Roma, partía de una síntesis de la resistencia por parte de los pueblos indígenas que, además de Viriato, incluía, naturalmente, a Numancia, "célebre por el tesón y patriotismo de sus hijos en los anales del mundo entero"¹⁰⁶. A aquél dedicó más espacio explicando que, aun habiendo sido pastor, acertó a derrotar a los romanos, "y hacerles pagar caros sus excesos". Su posición de fuerza le permitió rechazar los imperativos términos en los que Roma quería acordar la paz inalcanzable por las armas,

¹⁰² MORAYTA, M.: *Historia General de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, Felipe González Rojas, 1893 [1887]; I, pp. 218 y 219.

¹⁰³ *Siempre el hispano altivo con el fuerte y humanísimo con el vencido; ¡Siempre la raza hispana desafiando con energía varonil a sus verdugos!*, *Idem*, pp. 219 y 533.

¹⁰⁴ *Idem*, p. 223.

¹⁰⁵ JANER, F.: "La historia de España", VII, "Los cartagineses", en *Los niños*, tomo VI, 11, 1872, p. 132.

¹⁰⁶ *Idem*, VIII, "Los romanos en España", *idem*, tomo VI, 12, 1872, p. 189.

y que, en todo caso, un rasgos de carácter colectivo habría hecho imposible, ya que, escribía, “¡Bueno es el carácter español para dejarse imponer condiciones!”. Lo singular de la síntesis de Janer radica en el modo en que proyecta una atribuida fraternidad general pretérita en contraste con las parcialidades sectarias del Sexenio: Viriato, “logró reunir miles de hombres, enardeció su corazón en nombre de la patria oprimida; no eran solo valerosos los españoles de aquellos tiempos, sino que eran independientes y no toleraban, como ahora, que cuatro políticos sin escrúpulos ni fe los dividieran en partidos que no producen otra cosa que la ruina de la patria. Querían ser todos unos, y hermanos, y españoles sobre todo”¹⁰⁷.

Naturalmente, ese tratamiento de los héroes de la Antigüedad, haciéndolos paráfrasis de valores nacionales perennes, no fue solo propia de autores españoles. En otras naciones europeas, los textos escolares y divulgativos de Historia adoptaron análogo enfoque en el mismo período. Francia, con Vercingétorix, es buen ejemplo. Sin duda, con su consagración bajo el Segundo Imperio y el monumento de Alésia¹⁰⁸, una vez admitida la localización en Alise-Sainte-Reine del oppidum que César asedió y donde se rindió el caudillo auvernés. Por patrocinio directo de Luis Napoleón, el lugar se excavó y el propio emperador sufragó la imponente columna coronada por la estatua del héroe, elementos centrales de un monumento patriótico con el que Vercingétorix cobró, en el siglo XIX, un simbolismo que antes no había presentado esos perfiles¹⁰⁹. Simbolismo, no solo continuado sino reforzado bajo el régimen republicano, hasta hacer del personaje uno de los padres fundadores de la nacionalidad francesa. De él se sabía poco más que lo que César refiere en la *Guerra de las Galias*, pero fue suficiente para proporcionar un arquetipo y un eje articulador de la continuidad galos / franceses. Buena muestra de ello podría ser el libro de Jullian, clásico al respecto.¹¹⁰ Su Vercingétorix es, esencialmente, un patriota de una “nación gala” que, aun no habiendo dado nacimiento a “un cuerpo de nación” nunca dejó de manifestar “un vago instinto nacional [y] mantenía el gusto por la unidad”, una Galia que, al resistir al procónsul romano, pese a sus discordias, “no había perdido el gusto

¹⁰⁷ *Idem*, p. 187.

¹⁰⁸ CASTRO, D.: “Sagunto y Numancia...”, p. 249-50.

¹⁰⁹ Sobre Alésia como “lugar de memoria” nacional francesa, puede verse BUCHSENSCHUTZ, O. y SCHNAPP, A.: “Alésia” en P. Nora (dir.), *Les Lieux de Mémoire*. III. *Les France*. 3 *De l'archive à l'emblème*. Paris Gallimard, 1992, pp. 273-315. La identificación con los galos y su belicosidad es perceptible, en todo caso, antes. Los himnos escritos e interpretados con ocasión de las campañas de Italia aluden con frecuencia a la herencia de los antiguos galos o lo extendido de su raza: vide, p. ej. DESOMBRAGES, H. (música de Coppini): *Reveillez-vous!!!*, Lyon, Chanoine, 1854; ROCHE, E.: *Hymne aus martyrs de la guerre d'Italie*, Lyon, Bajat Fils, 1859.

¹¹⁰ JULLIAN, C.: *Vercingétoris*, 1903. Tuvo varias ediciones. Aquí se usa la séptima, Paris, Hachette, 1921.

de la libertad y el sentimiento nacional"¹¹¹. Del propio Vercingétorix hace una etopeya idealizada, y sin posible base documental, resaltando lo fiero de su postura y su dignidad, especialmente en su rendición, al arrojar las armas ante César (la conocida página de su aparición *paré comme une hostie*)¹¹², pero, sobre todo, exponiendo que en él no cabría suponer "otro móvil que el amor a la patria, pues si combatió y si murió fue solo por amor a esa patria"¹¹³.

El entronque entre la Galia protohistórica y la Francia histórica se asentó sin especiales reservas, y la sacralización de Alesia como germen de la nación francesa quedó bien implantada, suscitando la veneración patriótica tanto del lugar como del jefe galo allí derrotado. Hay sobrados ejemplos de eso. Así, en 1907, con motivo de una multitudinaria visita de escolares al lugar, el responsable de las excavaciones, Louis Matruchot, leyó ante ellos unos versos escritos para la ocasión en los que dominan las imágenes y el léxico de lo devocional y religioso. Tras arrancar con una invocación a la *Llanura sagrada de Alesia, santa colina [...]* // *en ti se halla impresa el alma de la patria*, las siguientes estrofas hablan de los visitantes como *peregrinos fieles*, allí congregados para *rendir culto a los héroes*, y concluir interpelando a Vercingétorix: *venimos a confortar el alma con el fuego de tu gran corazón, insúflanos, como llama inspiradora, // el amor a la Patria y a la Libertad*. Finalmente, colegiales, maestros y autoridades se descubrieron respetuosamente al pie del monumento ("ante el gigantesco antepasado de bronce"), reconociendo en él "la primera encarnación del alma nacional"¹¹⁴. En los textos escolares de Historia de Francia publicados bajo la Tercera República se narra, con tanto detalle como el carácter general y elemental de aquellas obras permitía, las campañas contra César y, sobre todo, su rendición, ponderando siempre su figura y su papel: "Vercingetorix era el más noble, el más valiente y el más elocuente de los galos", que en Alesia hizo prodigios de valor¹¹⁵. El encarecimiento de la bravura del héroe galo y la identificación de la antigua Galia con Francia se encuentra

¹¹¹ JULLIAN: *Vercingétorix*, pp. 40, 41, 42, 70. En otras obras abundó Jullian sobre esta idea del patriotismo galo en Vercingétorix, quien, escribe, nunca *habló o luchó en nombre de los auverneses, sino siempre en nombre de la Galia. Esa Galia era su verdadera patria y la palabra sagrada de cohesión entre sus hombres. En sus horas de entusiasmo y esperanza tuvo la visión de una Galia entera, alzada contra el extranjero, unida en un solo cuerpo, con una sola voluntad común invencible*. JULLIAN, C.: *De la Gaule a la France. Nos origines historiques*, Paris, Hachette, 1922, p. 153.

¹¹² JULLIAN: *Vercingétorix*, p. 310.

¹¹³ *Idem*, p. 330.

¹¹⁴ *Pro-Alesia. Revue mensuelle des fouilles d'Alise et des questions relatives à Alesia*, 1907-1908, p. 365.

¹¹⁵ HUBAULT, G.: *Histoire de France à l'usage des écoles primaires. Cours élémentaire*, Paris, Delagrave, 1874, p. 3. Este autor presenta a Vercingétorix luchando personalmente con César, quien solo se habría librado de caer en manos de los galos dejando su espada. Este episodio, legendario e inverosímil, procede de la *Historia Regnum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, donde se atribuye la proeza a un hermano de Cassibelanus, y resulta significativa del propósito de engrandecer el papel de los galos en general y de su jefe en particular. Un resumen análogo puede verse en BLANCHET, D. y PINARD, J.: *Premières leçons de Histoire de France*, Paris, Belin, 1891.

por doquier en textos escolares; una muestra más, significativa por la relevancia de su autor en la historiografía académica del cambio de siglo, puede verse en Lavisse: “Vercingétoris, que había defendido valientemente nuestro país, hubo de rendirse al vencedor”¹¹⁶.

En lo que hace a España, la integración de Viriato en el canon heroico nacional tendría otras expresiones que hubieron de contribuir a su divulgación, al tiempo que la testimonian. Así, su nombre está incorporado al callejero de decenas de ciudades españolas, desde grandes capitales (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Las Palmas, Zaragoza, etc.) a poblaciones de todo tamaño y de todas las regiones, una práctica que debió de arrancar durante la Restauración y, seguramente, relacionada en muchos casos con la apertura de nuevas calles en los ensanches¹¹⁷. El mismo nombre se dio al cuartel de Infantería establecido en Zamora con ocasión de los cambios introducidos en la planta militar por la Ley de 29 de junio de 1918. A diferencia, sin embargo, de Sagunto y Numancia que dieron nombre a sendos regimientos de caballería ya a comienzos del siglo XVIII, no debió de haber unidades castrenses denominadas oficialmente con el nombre del lusitano. No obstante, su asociación con el patriotismo de expresión militar no ofrece duda, con manifestaciones muy expresivas. En los años de la Restauración, en fin, se encuentra la rememoración de Viriato en muy diferentes terrenos. El ganador del concurso convocado en 1906 para componer una salutación o invocación de la bandera nacional, Sinesio Delgado, usó como lema *Viriato*¹¹⁸. Con ese carácter de nombre cifrado, *Viriato* fue uno de los más comunes en los simbólicos de la masonería española. Entre 1868 y 1888 fue el más reiterado en las logias de Madrid, estando también muy representado en las valencianas¹¹⁹. Con él querría expresarse “el sentimiento nacional, la resistencia al invasor, la libertad, la exaltación de las virtudes viriles y guerreras hasta el sacrificio”¹²⁰. Que era anagrama propio de *hermanos* relevantes, lo deja ver que fuese ése el del instructor del procedimiento contra Morayta que en 1888, en las querellas libradas entre las diferentes obediencias, determinó la suspensión de su condición masónica¹²¹.

¹¹⁶ LAVISSE, E.: *Nouvelle année préparatoire d'Histoire de France*, Paris, Armand Colin, 1900, p. 5.

¹¹⁷ *Es de apertura reciente se dice de la calle madrileña de Viriato hacia 1889*: PEÑASCO DE LA PUENTE, H. y CARBONERO, C.: *Las calles de Madrid, noticias, tradiciones y curiosidades*, Madrid, Enrique Rubiños, 1889, p. 564.

¹¹⁸ *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, nº 137, 1 de julio de 1906.

¹¹⁹ RANDOYER, F.: “Ideología masónica a través de los nombres simbólicos” en J. A. Ferrer Benimeli, *La masonería en la España del siglo XIX*, Junta de Castilla y León, 1978; II, p. 438. RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, A.: “Banco de datos sobre la masonería española (las logias de Valencia)”, en *idem, ídem*, p. 628.

¹²⁰ RANDOYER: “Ideología masónica...”, p. 438.

¹²¹ *Boletín de procedimientos del Soberano Gran Consejo General Ibérico*, 30 de enero de 1890.

La iconografía de Viriato

La muerte de Viriato, jefe de los lusitanos, el imponente óleo de José de Madrazo que se exhibe en El Prado, está considerado una de las pinturas más sobresalientes del neoclasicismo español. Su academicismo y perfección compositiva, la impostada teatralidad en los semblantes y actitudes de las diferentes figuras del grupo, que reflejan consternación y congoja, la apariencia griega de sus cascos y ropajes, nada lusitanos, no dejan de recordar al David de quien el pintor había aprendido en París. En realidad, la escena no relata la muerte del jefe lusitano, sino el descubrimiento del cadáver por sus hombres. Al omitir la violencia del apuñalamiento, se asemeja más a motivos de su maestro francés como *El funeral de Patroclo* o *Dolor y lamentos de Andrómaca junto al cuerpo de Héctor* que a *La muerte de César*. Pintado en Roma entre 1807 y 1808, no cabe suponer que el tema elegido encerrase inicialmente referencia alguna a la ocupación francesa en España y la reacción que provocó en la primavera de ese segundo año. De hecho, es plausible que hubiese una completa reconducción temática de un motivo concebido originalmente como episodio homérico, quizá la muerte de Patroclo¹²². Pero esa connotación no dejaría de ser plausible desde entonces, más teniendo en cuenta que el propio Madrazo se condujo como resuelto antinapoléonico, lo que le llevó a pasar por la cárcel durante un tiempo. El cuadro tiene, de cualquier manera, proyección nacionalizadora en un doble sentido. Por un lado, al considerarlo el pintor primera pieza de una tetralogía que no llegó a realizar y que habría incluido obras como una *Numancia* y los funerales del propio Viriato. Es decir, una serie de composiciones relativas a la resistencia ante la ocupación romana que se alejaba de los personajes y asuntos propios de la España antigua tratados por sus predecesores inmediatos, centrados básicamente en Escipión y Anibal, con sentido más alegórico que propiamente histórico. Por otro lado, la tela de Madrazo, muy celebrada y conocida desde que llegara a España, ya pasada la Guerra de la Independencia, se reprodujo ampliamente en grabados y estampas formalizando una visión ampliamente asentada.

Es bien conocido el auge del género pictórico llamado histórico en la España del siglo XIX, así como los estímulos académicos y oficiales que animaron su cultivo. *Género administrativo*, se le llamó con acierto¹²³, con su espacio privilegiado en las exposiciones nacionales de Bellas Artes. La preferencia de quienes concurrían a esos certámenes por el periodo medieval, la época del Imperio o el cervantismo, cuando no episodios tan recientes que dudosamente cabría tener por *histó-*

¹²² ARIAS ANGLÉS, E.: "Influencias de John Flaxman y Gavin Hamilton en José de Madrazo y nueva lectura de "La muerte de Viriato", *Archivo Español de Arte*, 232 (1985), pp. 351-362. La atención de Madrazo en sus años parisinos y romanos hacia ese personaje homérico parece constante: ARIAS ANGLÉS, E. y GIL SERRANO, A.: "Temas homéricos en la pintura española del Siglo XIX", *AEA*, 299 (2002), p. 228.

¹²³ Pues *no tuvo más cliente que el propio Estado*, LAFUENTE FERRARI, E.: *Breve historia de la pintura española*, Madrid, Akal, 1987 [5ª]; II, p. 478.

ricos, determinó que muy pocas obras se centrasen en la historia antigua; menos, en la de España; contadas, en Sagunto o Numancia; y que menos aun tomasen por asunto a Viriato. A la exposición de 1881 presentó Eugenio Oliva y Rodrigo, como obra propia de su condición de pensionado en la escuela de Roma, un óleo donde el jefe lusitano acecha desde un saledizo rocoso en un paraje agreste. Nada hay en esa composición que recuerde la pulida elegancia del escenario pintado por Madrazo. Un Viriato fibroso, de rostro rudo, vestido de pieles, con capacete, rodela y lanza aparece en plena acción, permitiendo al artista el estudio anatómico que le interesaba primordialmente. El primitivismo de la fisonomía e indumentaria, sin la apostura togada que parecería propia para personificar a una figura ilustre, no agradó a la crítica¹²⁴, aunque el lienzo fuese finalmente adquirido por el Estado. A la edición de 1884 presentó Manuel Barrón otro Viriato, y a la de 1890 Ricardo Villegas y Cordero un *Asesinato de Viriato*, que destaca, más bien, por la vesania del rostro de los homicidas y la violencia de la escena centrada por el puñal a punto de caer. Ninguno de esos lienzos despertó especial entusiasmo. La composición de Villegas, no obstante, con los bustos de los traidores ante un Viriato dormido, serviría de patrón ampliamente reproducido en láminas y viñetas de textos escolares desde la Restauración hasta mediados del siglo XX.

El motivo de Viriato alevosamente muerto, y por tanto anulado, más que vencido, fue, pues, el que mayor atención mereció a los pintores. No es el caso del Viriato que Ramón Padró y Peret, el pintor de cámara de Alfonso XII, representó en el techo del salón de sesiones de la Diputación de Zamora, en 1882. Parte de un complejo programa iconográfico que recoge cuantos elementos relevantes, y particularmente heroicos, podían predicarse del pasado de la ciudad y su provincia, desde la localización allí de Numancia a Doña Urraca, y cuya figura central es Viriato. Representado como el de Oliva con apariencia bárbara, vestido de pieles, muestra una disposición arrogante de vencedor, rodeado de trofeos tomados a los romanos, cuyos jefes, postrados, le ofrecen el tratado de paz, mientras él sostiene un asta con ocho tiras rojas, representativas de otras tantas victorias suyas, y que reflejan las banderas de la “Enseña Bermeja”, el pendón de la ciudad¹²⁵. La suposición de que Viriato fuese originario de Zamora (y en concreto de la población sayaguesa de Torrefra-

¹²⁴ *El señor Oliva está muy desgraciado. Presenta un Viriato, y no puede decirse lo que en realidad presenta.* MARTÍNEZ DE VELASCO, E.: “La exposición de Bellas Artes de 1881 en Madrid”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de junio, 1881.

¹²⁵ La leyenda pretendía que con ocasión de la participación de los zamoranos en la batalla de Toro, 1476, Fernando el Católico les hizo entrega de una banda verde que portaba, completando así con ella las nueve de la bandera de la ciudad. Se atribuye al cronista y genealogista, poco escrupuloso, Pedro Gracia Dei, una descripción versificada de la enseña en estos términos: *La noble seña sin falta // bermeja de nueve puntas, // de esmeralda la más alta, // que Viriato puso juntas [...]*. Seguramente se trata de adaptación local de su composición original que no incluía la mención al lusitano, GRACIA DEI, P.: *Tratados de heráldica y genealogía*, BNM, Mss/7864 (es copia de mediados del siglo XVII, asqueible en BDH), p. 5.

des) la sostuvieron con empeño eruditos e historiadores locales de los siglos XVI y XVII, relacionándolo con la supuesta identificación de la ciudad con la Numancia histórica¹²⁶, y las autoridades zamoranas no dejaron de apoyar y subsidiar lo que al respecto se sostenía. Al resultar irrefutable la identificación de Numancia con las ruinas próximas a Soria, se acentuó el interés por hacer a Viriato zamorano. Su carácter tan destacado en el programa ornamental de la Diputación refleja, claramente, ese prurito de ufanía local. Es probable que la idea de su desarrollo y contenido le viniese sugerida a Padró por el zamorano Fernández Duro; ambos debieron de tratarse en los círculos cortesanos, el uno como pintor de cámara, el otro como ayudante militar de Alfonso XII. Miembro ya este último de la Academia de la Historia, su convicción respecto al origen del caudillo lusitano no dejaba de tener peso¹²⁷.

La solicitud por parte de las autoridades provinciales respecto a la celebración de Viriato como hijo de la tierra, se reflejó por los mismos años en la escultura que, en 1883, fundió en Roma Eduardo Barrón González, allí pensionado por la Diputación de Zamora, y que se presentó, y premió, en la exposición nacional de 1884. Cedida al Ayuntamiento de Zamora en 1902, se emplazó en una plaza de la ciudad sobre un pedestal constituido por un peñasco, precedente de la localidad donde se pretendía haber nacido el héroe, al que se adosa una cabeza de carnero o ariete en bronce. Debe de ser el único monumento público erigido a Viriato en España¹²⁸. Poco tiene que ver, en dimensiones y pretensiones, con el Vercingétoris de Alexia o el Arminio del *Hermannsdenkmal*, del bosque de Teotoburgo. Se trata de un bronce de tamaño ligeramente algo mayor que el natural y de factura clasicista. Apenas cubierto con un somero taparrabo y con un manto pendiente del brazo derecho, cuya mano sujeta su arma, en nada se asemeja al sofisticado atuendo bélico y señorial de sus dos análogos. El artista se centró, más que en desarrollar aspectos simbólicos, en el estudio anatómico, dentro de un esquema de estricto respeto al canon. Con rostro no muy barbado y aspecto resuelto, el Viriato de Zamora extiende el brazo derecho, casi en saludo romano, mientras otea el horizonte. Por concepción, disposición, actitud, y tratamiento general, la obra de Barrón está claramente más acerca del otro campeón de la lucha contra los romanos, el Caractacus de John Henry Foley, 1857-1860, de cuyo original de la Mansion House londinense se reprodujeron copias de menor tamaño que tal vez Barrón alcanzase a ver.

El decenio de 1880, con la concurrencia de las obras Oliva, Manuel Barrón, Ricardo Villegas, Padró y la escultura de Ricardo Barrón, concentró, pues, una

¹²⁶ Lo más destacado al respecto se halla resumido por FERNÁNDEZ DURO, C.: *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y su obispado*, Madrid, Rivadenira, 1882, pp. 44, 86, 87-88.

¹²⁷ *Idem*, p. 91.

¹²⁸ En Visco, que pretende también haber sido su cuna, se inauguró en 1940, junto a la llamada *Cova do Viriato*, un grupo de Mariano Benlliure, encargo del municipio. No se aborda aquí del culto al jefe lusitano en Portugal. Sobre su tratamiento en ese país, GUERRA, A. y FABIÃO, C.: "Viriato: genealogía de un mito", *Penélope*, 8, 1992, esp. pp. 17 y ss.

particular atención hacia el personaje que no pudo por menos que contribuir a su popularización, atendiendo, además, a su incorporación al callejero de muchas ciudades. La representación en grabados de textos escolares, manuales de historia o enciclopedias, si se inspiró ocasionalmente en esas representaciones, así como en el lienzo de Madrazo, tuvo mucho de arbitrario dentro de su elementalidad, y ninguna de aquellas obras tuvo el carácter de prototipo de referencia, como en los libros escolares franceses conoció el *Vercingétorix rindiendo las armas ante César*, 1899, de Lionel Royer.

La larga historia cultural de Viriato solo es comprensible por medio de contextualizaciones que en cada momento den cuenta de su significación. En ese sentido, el texto que el personaje incorpora no puede tener un carácter monosémico. Por ejemplo, su condición originaria de pastor, destacada en toda versión del personaje, entraña valores distintos según la consideración que el pastoreo y quienes a ello se dedicaban mereciera en cada situación histórica, teniendo en cuenta además, la multiplicidad de sentidos que la imagen de *pastor* podía proyectar culturalmente (hombre montaraz; sencillo y frugal; prelado o pastor de almas; príncipe o *pastor populorum*; incluso, en espacio literario del bucolismo, delicado y sensible; etc.) Pero, con todo, se pueden advertir aspectos constantes en la semiosis del signo que Viriato constituye, y se manifiestan desde momentos tempranos en la producción de un significado nacional o nacionalizador. En la expresión historiográfica, pero también frecuentemente en la literaria que le toma por objeto, Viriato se presenta como signo de lo español, incluso del español. Su oposición denodada, empeñando todo en ella, al sometimiento al invasor, a quien pretende hacerse con el solar propio, se hace reflejo de una cualidad compartida por sus connacionales de todo tiempo, un rasgo de identidad que en su ejemplo puede preservarse y fortalecerse. El modo en que militarmente les hace frente, donde la audacia y el ingenio compensan lo reducido de la fuerza, con la lucha asimétrica de las guerrillas, se infiere también como un elemento identitario. Su muerte, que le sitúa en la categoría de los héroes martiriales, se inserta, a su vez, en el complejo de significación en diferentes planos: expresando su imbatibilidad que lleva al enemigo a valerse de medios innobles; manifestando las consecuencias de la seducción de quienes anteponen el interés propio al común o general; si, al final, el enemigo vence la gloria merecida por el héroe muerto pero invicto, mitiga la privación de la gloria del triunfo. Por todo ello, y otros elementos, el significado que puede entrañar Viriato como signo de la nación resulta poderoso y eficiente, y si su proyección no trascendió más en el imaginario nacional fue, principalmente, por la concurrencia de otro aun más vigoroso: Numancia, con su significación de autodestrucción colectiva, de aniquilamiento voluntario para no ser aniquilados, en la sumisión, por otro.